

## El helenismo en México

*De Trento a los "filólogos sensualistas"*

IGNACIO OSORIO ROMERO

### 1

La historia del helenismo en México ha sido poco atendida por quienes se ocupan del campo cultural que tradicionalmente suele llamarse "humanismo mexicano". Tal olvido tiene razones. Una, por la poca afición al griego y a la cultura griega en México; otra porque resulta más sencillo incorporar el griego al elogio vago y genérico de las "humanidades", que enfrentarse a los problemas ideológicos que implica escribir su historia en nuestro país. Explicar estas razones y contribuir a la historia del helenismo en México es el objetivo de las siguientes notas.

Es un hecho plenamente constatable en las páginas de las publicaciones periódicas y en los libros referentes al tema, que un grupo de estudiosos de la cultura mexicana, concretamente los intelectuales que se nuclearon en torno a la revista *Abside*,<sup>1</sup> al escribir la historia de las letras clásicas en México, exaltaron, con un tono polémico, su florecimiento, función y significado en el campo de la cultura mexicana. Naturalmente este hecho responde a una posición frente a la cultura y a sus conexiones con la historia nacional. En lo que al latín se refiere no hay problema en resaltar para apoyar tal discurso, la enorme producción neolatina novohispana y sus ya más exiguas prolongaciones en el México independiente; ha sido, sin embargo, más.

<sup>1</sup> Auspiciada por los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte en el periodo comprendido entre 1937 y 1955.

difícil que ellos demuestren “nuestro abolengo clásico”<sup>2</sup> en cuanto a la lengua griega.

Salirse de este esquema implica abordar la historia de la lengua griega desde otra perspectiva. La valoración de la literatura neolatina y griega producida en México, así como de sus innumerables influencias en el vasto campo de la cultura, no pueden apoyarse solamente en criterios cuantitativos ni, tampoco, en el análisis estilístico de unos cuantos autores separados de su contexto histórico y cultural.

Es cierto que estos elementos deben ser tomados en cuenta para obtener una visión global del problema; pero los criterios necesarios para orientarnos en este campo deben enmarcarse en otro contexto; éste debe ser la historia y la problemática de la filología clásica en nuestro país y el espíritu y actitud con que nos hemos acercado al estudio de la cultura grecolatina. Una perspectiva de esta naturaleza permite resaltar problemas mucho más de fondo, que se relacionan, en el terreno ideológico, con la práctica de la libertad —tanto política como de conciencia—, en la sociedad novohispana y en el México independiente. En el campo meramente filológico principiaríamos, por ejemplo, a investigar la historia de las cátedras y de los métodos pedagógicos con que las lenguas clásicas se enseñaron; tendríamos, también, que aceptar y explicar la ausencia de crítica textual; la muy tardía aparición de estudios sobre el mundo antiguo; de igual manera, nos veríamos obligados a emitir un juicio sobre el valor filológico de los textos grecolatinos, y sobre sus traducciones, editados en nuestro país. Tendríamos, por último, si queremos tener un juicio justo y realista de nuestro trabajo filológico, que comparar los resultados obtenidos, con la historia de la filología clásica, primeramente, en España y, en seguida, con la de los otros países europeos.

Abordar la historia de nuestro “humanismo” desde esta perspectiva —ausente de toda posición prejuiciadamente panegírica—, permite ubicar con mayor precisión los logros y, al

<sup>2</sup> Véase G. Méndez Plancarte, *Índice del humanismo mexicano* (México, Bajo el Signo de Abside, 1944), p. 6.

mismo tiempo, las ausencias en el quehacer filológico de México; ayuda, también, a situarnos en mejor posición para comprender más certeramente la historia de nuestra cultura y, en el campo específico de las letras clásicas, explicarnos el diferente aprecio con que los novohispanos se acercaron al estudio de la lengua griega y al de la latina.

2

La historia del helenismo en España entre los siglos XVI y XVIII estuvo determinada por el enfrentamiento entre la Reforma y la Contrarreforma. Al inicio del siglo XVI, con los frescos vientos del Renacimiento que de Italia llegaban, el estudio del griego en España se inició con buenos augurios;<sup>3</sup> posteriormente, cuando el Concilio de Trento reservó la interpretación de las Escrituras al magisterio de la Iglesia, las letras griegas se anquilosaron en la Península. Manuel Martí, el deán de Alicante, al recordar en 1705 la importancia de esta lengua y, al mostrar a la juventud española los amplios y diversificados campos de la cultura a que el griego puede dar acceso, después de reseñar la importancia que tiene en otros países europeos, exclama con cierto dejo de amargura: "Nec multo post in Hispaniam nostram pervolarunt: sed pervolarunt tantum, nec diu consistere."<sup>4</sup>

Salamanca fue la primera universidad española que contó con una cátedra de lengua griega; ésta fue instituida el año de 1495. Sus maestros fueron grandes humanistas, tan importantes en el campo de la cultura española como Hernán Núñez, llamado el Comendador Griego; Nicolás Cleonard y Francisco Sánchez de las Brozas. En 1948 el Cardenal Cisneros incluyó la cátedra en el plan de estudios de la Universidad de

<sup>3</sup> Para mayores datos sobre el tema consúltese a José López Rueda, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1973.

<sup>4</sup> "No mucho después volaron con rapidez hacia nuestra España; pero volaron con tanta rapidez que no se detuvieron por mucho tiempo" en "Emmanuel Martinus [...] Hispaniae Juventuti" en *Ferdinandi Ruizii Villegatis Burgensis quae exstant opera* (Venecia, Typis Joannis Baptistae Albrizzi, 1734), Signatura D<sup>3</sup>.



Alcalá. El interés de Cisneros por las lenguas clásicas no era fundamentalmente cultural sino de utilidad religiosa. El latín y, especialmente, el griego son herramientas básicas para el trabajo escriturario y para el estudio de la patrística. Cisneros, reformador de la iglesia española, formaba parte de la poderosa corriente renacentista que buscaba regresar a las fuentes del cristianismo primitivo. Con este objeto fundó la Universidad de Alcalá y en ella reunió a filólogos tan importantes como Antonio de Nebrija, Demetrio Ducas, Hernán Núñez, Juan de Vergara y Diego López de Zúñiga. En este grupo se apoyó para preparar los textos griegos de la políglota complutense.

Este afán escriturario será una de las características fundamentales del helenismo hispánico. Algunas veces, incluso, sus amantes debieron pagar precios muy altos; prototipo de ellos es Francisco de Encinas o Dryander, como helenizó su apellido, quien, apoyado en la edición preparada por Erasmo en 1516, tradujo del griego al castellano el *Nuevo Testamento* (Amberes, 1543). Ni la dedicatoria a Carlos V valió para evitar que la edición fuese decomisada y el autor perseguido hasta que, por fin, murió de peste, cuando aún no cumplía los cuarenta años. Otro ejemplo es la traducción, también del *Nuevo Testamento*, que Juan Pérez de Pineda hizo imprimir en 1556 y cuyo pie de imprenta dice "En Venecia, en casa de Juan Philadelpho" y, en realidad, se imprimió en Ginebra en casa de Jean Crispin.<sup>5</sup> Este es el ambiente contradictorio en el que se propaga el griego en España: en 1528 se crea el colegio trilingüe de Alcalá; en 1524 Valencia instituye la cátedra y lleva como profesores a Pedro Juan Núñez y a Lorenzo Palmireno; Barcelona se une a esta corriente en 1544; Zaragoza lo hace en 1557 y, además de Núñez y Palmireno, lleva como profesores a Juan Verzoza y a Pedro Simón Abril. Al mismo tiempo, circulan numerosas gramáticas griegas escritas por muchos de los profesores anteriormente mencionados y varias otras importadas de los otros países europeos.

Toda esta labor filológica, con una idea de la ciencia bibli-

<sup>5</sup> Enrique Fernández y Fernández, *Las biblias castellanas del exilio* (Miami, 1976), pp. 31-53 y 75-97.

ca, pronto chocó con los grupos conservadores; en España, al igual que en toda Europa, se enfrentaron dos métodos teológicos: el escriturario, llamado positivo, que aborda la teología a través del estudio de los textos de la Sagrada Escritura, de la patrística y de los concilios; frente a él estaba el método escolástico especulativo, que intenta iluminar los documentos y textos de la Iglesia, a partir de principios de una fe ya establecida por la tradición. El más grande representante de esta corriente fue Melchor Cano.

El triunfo de la Contrarreforma en España, esto es, de la escolástica tradicional, convirtió a los helenistas en candidatos a las cárceles de la Inquisición; *qui graecizant, lutheranizant* sentenciaron los inquisidores al mirar la frecuencia con que los helenistas abrazaban el protestantismo en la Universidad de París. La lucha contra el filólogo abrió, entonces, una brecha entre espiritualidad y humanidades clásicas. En el libro *Excelencias de la fe* su autor, fray Luis de Maluenda, escribió:

¡Y que batallones de ratones se levantan agora en las universidades y estudios de la cristiandad de latinos y griegos, que, a fama de buenas letras, con dos letras de griego y hebreo mal sabidas, se atreven a roer las verdades de los evangelios, los cuales ningún griego soberbio entenderá.<sup>6</sup>

Por su parte fray Francisco de Osuna, el maestro de Santa Teresa, también opina en el *Quinto Abecedario*:

Maldito el propio seso... que nos ha quitado a Cristo y puesto la Iglesia en diferencias... Antes que las buenas letras viniesen, todos éramos buenos y obedientes a la Iglesia y a nuestros prelados.<sup>7</sup>

Mediatizada o, en muchos casos, destruida esta rica y creativa tradición helenística española, las universidades poco a poco fueron suprimiendo las cátedras de lengua griega; este fenómeno se generalizó al fin del siglo XVI; a principios del XVIII.

<sup>6</sup> Citado por Melquiades Andrés, *La teología española en el siglo XVI*, Madrid, BAC, 1977, t. II, pp. 436-437.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*

Salamanca es la única universidad que conserva la cátedra de griego.<sup>8</sup>

La Compañía de Jesús, sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que los católicos fieles a Roma, se encontraban en desventaja ante los protestantes, pues éstos, conocedores del griego y del hebreo, podían fácilmente recurrir a los textos sagrados, a la patrística y a los concilios para arguir sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras. La Compañía entonces empezó a preparar a sus socios en la exégesis bíblica; pero no aprendían griego para escudriñar nuevos sentidos sino para defender la interpretación tradicional de la Iglesia. Así lo indica en sus constituciones

sed si linguarum studio nostri vacant, inter caetera, ad quae discentium intentio feratur, illud sit, ut versionem ab Ecclesia approbatam defendant.<sup>9</sup>

Este es el espíritu que guía el estudio del griego en la *Ratio studiorum* de 1586. Entre los tiempos del cardenal Cisneros y los de fin de siglo, existe una distancia insalvable en lo que se refiere a la enseñanza del griego; tanta distancia, cuanta existe entre el espíritu que busca la verdad y el que se siente poseedor de ella.

Este es el telón de fondo que da marco a la historia del helenismo novohispano.

### 3

Ninguna noticia tenemos de que el griego se haya enseñado en los colegios novohispanos durante el siglo xvi; los cronistas, que tanto empeño pusieron en resaltar la pericia latina de los indios, ninguna mención hacen de que éstos hubieran conocido el griego. Y si tal hubiera sucedido, ciertamente lo habrían

<sup>8</sup> Véase al respecto a Concepción Hernando, *Helenismo e ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.

<sup>9</sup> "Pero si los nuestros se dedican al estudio de las letras, entre otras cosas que la intención de los alumnos que se lleva a ello sea que defiendan la versión aprobada por la Iglesia".



testimoniado en sus crónicas, pues no habrían dejado escapar un argumento tan valioso para demostrar la racionalidad y facilidad de ingenio de los indios.\*

Tampoco hay datos de que se hubiera enseñado en los conventos; por el contrario, es probable que en ellos se respirara el clima contrarreformista que convertía a los helenistas en sospechosos de heterodoxia. Agustín Dávila Padilla, cronista del fin de siglo de la Orden de Predicadores, exclama como eco de Maluenda y Osuna:

Atrevimiento de más que gramático será, pretender mudar las palabras de un autor [se refiere a Santo Tomás], a quien el Santo Concilio las cogió de sus obras y las incorporó en su decretos [...] lástima es ver, algunas veces, que a puros embriones de palabras latinas, hay quien procure desquiciar de su punto la verdad que el santo doctor enseñó.<sup>10</sup>

La Real y Pontificia Universidad de México, fundada en 1551 e inaugurada en 1553, tampoco incorporó el griego al plan de sus cátedras y ningún dato se conoce, proveniente de sus libros de claustro o de provisión de cátedras, que avale la enseñanza temporal de esta materia.

El conocimiento del griego durante el siglo xvi en Nueva España, por tanto, estuvo circunscrito al interés particular de los letrados quienes, en poco número, lo aprendieron o por esfuerzo autodidacta o de los frailes que lo habían aprendido en las universidades europeas. Esta transmisión estuvo, generalmente, apoyada todavía en el impulso humanístico del Renacimiento o en las necesidades derivadas de la crítica escritural.

Ambos impulsos se conjugan en el primer testimonio de las letras griegas en Nueva España: la traducción que en 1539 hizo Cristóbal de Cabrera de los argumentos de las epístolas de san Pablo y de otros padres de la Iglesia. Esta tiene por título

\* Per testimonios ajenos a las crónicas sabemos que en el siglo XVI don Pedro de Huitzimangari, hijo del rey Calzonzi de Michoacán, aprendió griego y hebreo.

<sup>10</sup> Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*, México, Editorial Academia Literaria, 1955, pp. 588-589.

Argumenta in omnes Beati Pauli Epistolas et alias catholicas ac canonicas e Graeco in Latinum sermonem versa per Christophorum a Iesumaria cum adolescens adhuc apud Novae Hispaniae Indos ageret.<sup>11</sup>

La obra consta de 25 argumentos que resumen las Epístolas de Santiago, san Pedro, san Juan, san Judas y, especialmente, de san Pablo; contiene también la Epístola de Eusebio de Cesarea a Carpiano y la "Commemoratio" de la predicación y martirio de san Pablo, escrita por el diácono Eutalio.

Cabrera empleó para hacer su traducción, según propia confesión, dos ediciones recientes: la biblia políglota editada por el Cardenal Cisneros en Alcalá entre 1514 y 1520 y la edición políglota que Erasmo hizo del *Nuevo Testamento*.<sup>12</sup> Tal testimonio se encuentra en la carta dedicatoria a Zumárraga que encabeza la traducción; indica, también, que la edición erasmista del *Nuevo Testamento*, incluida en el *Indicè* de los libros prohibidos, Cabrera la recibió de la propia mano del arzobispo Zumárraga:

Accipiens igitur oblatum codicem, memet in musaeum sine musis recipio. Et, ubi primum singula quaeque eorum quae traducturus eram inspexi, inveni eadem fere omnia in exemplari Basiliensi (cujus copia nobis fecerat Charitas tua), recentioribus elegantioribusque typis excussa. Itaque ex utriusque exemplaris collatione, Complutensis scilicet et Basiliensis, utcumque verti Argumenta illa Graeca quae in omnes Novi Testamenti Epistolas traduntur anonyma, id est incerto autore.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> "Argumentos de todas las epístolas de San Pablo, y de las otras católicas y canónicas, traducidos del griego al latín por Cristóbal de Jesús María, cuando todavía vivía, siendo adolescente, entre los indios de Nueva España", en *Manuscrito Vaticano Latino*, No. 1164, fols. 173-188 v.

<sup>12</sup> Se refiere, como después apuntaremos, a la edición de Basilea del año de 1535.

<sup>13</sup> "Así pues, recibiendo el códice ofrecido, me retiro al museo sin las musas. Y, tan pronto como miré cada una de las cosas que de ellos traduciría, las encontré casi todas en el ejemplar de Basilea (cuya copia tu Caridad me había dado) impresa con tipos muy recientes y elegantes. Así pues, a partir de la colación de uno y otro ejemplar, esto es, del de Alcalá y del de Basilea, traduje aquellos argumentos en griego que de manera anónima, esto es de autor incierto, se traen para todas las epístolas del Nuevo Testamento".



Cabrera señala que la traducción la emprendió a instancias de algunos religiosos dominicos, "morum probitate singularique eruditione insignes",<sup>14</sup> quienes sólo le solicitaron que tradujera los *Argumenta* de la políglota de Alcalá; al principio, sigue diciendo el traductor, rehuyó la encomienda no sólo porque la consideró mayor a sus fuerzas sino, también, porque la turbulencia y ajetreo de la ciudad de México le impedían concentrarse en la tarea. Por fin, cuando acompañaba al obispo Vasco de Quiroga a la Junta Eclesiástica y, hospedado por el Virrey Antonio de Mendoza, mientras esperaba el regreso a Michoacán, emprendió la traducción. Fue entonces cuando recibió de manos de Zumárraga la edición erasmista del *Nuevo Testamento* de 1535.<sup>15</sup>

Los datos anteriores nos permiten colegir que dicha traducción fue hecha entre 1539 y 1540, porque la Junta Eclesiástica a que se refiere Cabrera, tuvo lugar en la ciudad de México el año de 1539. Cabrera tendría entonces 26 años de edad y ocho de residir en Nueva España. La pregunta surge de inmediato: ¿Dónde aprendió la lengua griega? Es probable que en España; pero el griego es lengua que suele olvidarse si por periodos largos no se ejercita. Por tanto, si lo aprendió en España, hay bases para pensar que Cabrera cultivó el griego durante su estancia novohispana, previa al año 1539. Esta sospecha se fortalece cuando tomamos en cuenta que, desde el arribo a Nueva España hasta su incorporación al séquito de don Vasco de Quiroga, por el año de 1538, Cabrera estuvo a la vera y protección del obispo Zumárraga, en cuyo palacio completó su formación y recibió las órdenes sacerdotales. El reconocimiento que en 1540 hace de la profunda influencia que el obispo ejerció sobre él es claro y explícito:

<sup>14</sup> "Insignes por la probidad de las costumbres y por la singular erudición".

<sup>15</sup> "Detrectaram semel atque iterum hanc sarcinam, quod esset meis humeris longe maior et plerisque tricis implicitus carerem etiam hospitio studiorum silentiis accomodo; nam eo nido hospes sum Mexici ubi nihil non est obstreperum, turbulentum ac clamosum, vulcanicam officinam dicas rectius quam literariam. Heac invitus patior in aula, ferendum tamen, quod pius itidem Michuacensis Episcopus hospes hic apud Prorregem patitur, ne tantum patronum deseram, donec Synodali absoluto Concilio, hinc exeamus".

Nam praeter quam quod me quodam pene puerum statim ex Hispania ingressum Mexicum domi fovisti, aluisti ac humaniter reparasti amoreque vere paterno semper es prosecutus.<sup>16</sup>

Cabrera, por otra parte, señala que prefirió la fidelidad a la elegancia, “fidelem potius quam de elegancia sollicitum egi interpretem”, y que nada añadió al texto sino sólo su trabajo sincero: “nihil hic addidisse de meo, nisi cum animi sinceritate laborem.”<sup>17</sup> Cabrera debió abandonar Nueva España cerca del año 1545; en España, en el año 1559, volvió a su traducción novohispana para darle la forma que actualmente tiene en el manuscrito vaticano 1164; fue entonces cuando escribió al frente de la dedicatoria a Zumárraga, “cum adolescens adhuc apud Novae Hispaniae Indos ageret”, y puso al final de la traducción (folio 188v): “Conscriptum fuit hoc opus manu propria Medignae Riosicci Anno a Virgineo partu M. D. LIX. Mense maio.”

Esta traducción, valiosa por ser la primera que conocemos hecha del griego en nuestro país, muestra también el clima humanístico del palacio episcopal de Zumárraga, en el cual, sin duda, habría conocedores del griego que tales libros poseían; esta característica se perdió en 1548 cuando muere Zumárraga.

Tres lustros después de esta traducción aparece la primera edición de una obra griega en México; naturalmente no lo es en su lengua original sino en una traducción latina. Se trata del *Liber praedicamentorum* y del *Liber posteriorum analethicorum* de Aristóteles. El editor es fray Alonso de la Veracruz quien lo publicó el año de 1554 al interior de la *Dialectica resolutio*. En esta obra, escrita para texto de la Facultad de Artes de la naciente Universidad de México, fray Alonso hace explícito en la portada que publica la *Dialectica* “cum textu Aristotelis”; sin embargo, aunque fray Alonso debía co-

<sup>16</sup> “Pues, además de que antaño, tan pronto como llegué a México procedente de España, casi niño, me favoreciste en casa, alimentaste, reviviste humanamente y siempre me has honrado con amor verdaderamente paterno”.

<sup>17</sup> “Traté de ser más un intérprete fiel que solícito de elegancia [...] Sobre mí nada añadí a no ser un trabajo con la sinceridad del espíritu”.



nocer el griego, no ofrece su propia traducción sino que recurrir a la del Argyropulo, traducción que tiene la ventaja de ser ampliamente conocida en las escuelas. En efecto, las dos razones que da es, primero, que la traducción es la de uso y, segundo, que siendo el Argyropulo de origen griego, logra trasladar la obra a un correcto texto latino:

Et quia graece (sicut et caetera Aristotelis opera) inter interpretes qui in scholis habentur in vsu, Argiropylum sequeremur. Qui natione Graecus, latinum consequutus est sermonem.<sup>18</sup>

Otro traductor, no sólo editor, ligado a Nueva España es fray Tomás Mercado. Este fraile llegó muy joven a Nueva España; aquí tomó en el año 1553 el hábito de los dominicos. Su formación filosófica la hizo tanto en el convento novohispano de su Orden como en la Universidad de México; años después viajó a España y la completó en Salamanca. En el año de 1571 publicó *In logicam magnam Aristotelis commentarii cum nova translatione textus*. La obra, al igual que las otras dos que publicó en España,<sup>19</sup> entre sus fines tenía servir de texto en los conventos novohispanos; Mercado mismo pretendió, después de editar sus libros, retornar a México, pero murió al llegar a San Juan de Ulúa. Es probable que Mercado hubiera aprendido la lengua griega en Nueva España, en donde realizó su formación intelectual, aunque también es probable que haya completado su aprendizaje en su estancia en España. La traducción, en todo caso, muestra, por su fidelidad y precisión, el profundo conocimiento que Mercado tenía tanto de la lengua griega como de la latina.

Fray Alonso Cabello forma parte también de los interesados por la lengua griega del siglo xvi novohispano. Es conocida

<sup>18</sup> "Y porque está escrito en griego (como las otras obras de Aristóteles) entre los traductores que están en uso en las escuelas, seguiremos al Argiropilo. El cual, siendo de nacionalidad griega, entendió la lengua latina".

<sup>19</sup> Las obras que publicó en España son *Commentarii lucidissimi in textum Petri Hispani* (Sevilla, 1571), del cual hay una traducción al castellano por Mauricio Beuchot (México, UNAM, 1987); la otra obra es la famosa *Suma de tratos y contratos* (Salamanca, 1569), la cual ha tenido diversas reediciones.



la agitada juventud de este fraile, cuya admiración e imitación de los textos erasmistas tantos sufrimientos le merecieron. No es extraño entonces que también lo haya imitado en la afición a la lengua griega. Entre los documentos que le fueron decomisados en el cateo de su celda, y que ahora se encuentran incorporados a su proceso inquisitorial, se cuentan cuatro hojas, tamaño folio, que contienen el alfabeto, los diptongos, el artículo y las declinaciones regulares de los nombres griegos.<sup>20</sup> Ignoro si estos papeles son copia de alguna gramática de la época, o si Cabello pretendiera redactar la suya propia. En realidad ignoro el grado de conocimiento que Cabello hubiera tenido de la lengua griega. En todo caso, estos folios muestran su interés por ella.

Los apuntes de Cabello se insertan en la corriente o grupo de "alfabetos griegos", que tienen un objetivo preponderantemente pedagógico. José S. Lasso de la Vega, en su excelente y erudito artículo "Notas sobre los 'Alfabetos griegos' en España", apunta que

el propósito que mueve su escritura es orientar los primeros pasos de los aprendices de griego sirviendo a los discentes, por su personal cuenta y riesgo, de guía que les ayude a deletrear y leer de corrido, y a los sentados en el aula, de apoyatura de aprendizaje con el maestro.<sup>21</sup>

La correspondencia moderna de estos alfabetos pueden ser nuestras cartillas o silabarios; su aparición en el siglo XVI novohispano indica que aquí había individuos interesados en el griego, en el momento que su enseñanza empezaba a decaer en España.

José Mariano Beristáin y Souza trasmite, por otra parte, los nombres de algunos frailes de este siglo que aprendieron el griego o por esfuerzo autodidacta o en las universidades europeas. Estos nombres son: fray Martín de Rada de quien escribe

<sup>20</sup> Véase Archivo General de la Nación, Ramo Inquisición, vol. 88, fols. 164-165v.

<sup>21</sup> José S. Lasso de la Vega, "Notas sobre 'Alfabetos griegos' en España", en *Cuadernos de Filología Clásica*, vol. XIV, Madrid, 1878, p. 10.

que “estudió en París las lenguas latina y griega”;<sup>22</sup> Fernando Ortiz de Hinojosa es alabado como “peritísimo no sólo en las lenguas latina y mexicana, sino también en la griega, hebrea y caldaica”;<sup>23</sup> del agustino José Herrera dice también que fue “erudito en letras latinas, griegas y hebreas”;<sup>24</sup> por fin, de Melchor de los Reyes señala que era “instruido no sólo en las lenguas griega y hebrea, sino en la otomí”.<sup>25</sup>

El año de 1572 llegaron los jesuitas a Nueva España; ningún documento indica que hayan enseñado griego en los estudios del Colegio de San Pedro y San Pablo; pero hemos señalado que los jesuitas consideraron conveniente el aprendizaje de esta lengua como instrumento polémico contra los protestantes. Sabemos con certeza que por lo menos uno, el erudito Pedro de Hortigosa, de los jesuitas novohispanos del siglo xvi, conocía la lengua griega. Es probable que tanto él como algún otro de sus compañeros la enseñaran privadamente a los socios interesados en aprenderla.

#### 4

En el siglo XVII no hay cambio en la transmisión del griego tanto en lo que mira a su aprendizaje como a su sentido. Algunas personalidades que lo cultivaron fueron Agustín Quiroz, jesuita que falleció en México el año de 1622, y de quien escribe Beristáin que “fue peritísimo en las lenguas griegas y hebrea, y muy docto en las ciencias sagradas;”<sup>26</sup> Discípulos suyos pudieron ser Alonso Guerrero, quien murió antes de la mitad del siglo, y cuyo magisterio consistió en enseñar la Sagrada Escritura. De él escribió Luis de Bonifaz que no sólo supo la lengua griega sino también la hebrea, de la cual escribió una gramática “que se tiene por bastante.”<sup>27</sup> Otro de sus discípulos

<sup>22</sup> José Mariano Beristáin y Souza, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, (México, 1821), t. III, p. 1.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 410.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 97.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, t. III, p. 24.

<sup>26</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 524.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 67.

pudo ser el también profesor de Sagrada Escritura Gonzalo de Hermosillo, quien se preocupó por propagar el griego en la Universidad. Mención especial debe hacerse de Luis Becerra Tanco, el famoso autor de *la Felicidad de México. Origen milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe* (México, 1666) y profesor de Astrología en la Universidad; Becerra, además de teólogo, químico y físico fue experto lingüista que conoció algunos idiomas europeos contemporáneos —italiano, francés y portugués—, el náhuatl y otomí; y el latín, hebreo y griego.

En este siglo logra, por fin, llegar a las prensas una de las gramáticas escritas en Nueva España; se trata de la *Gramática de la lengua griega en idioma español* del fraile franciscano Martín del Castillo. La portada es la siguiente:

ΓΡΑΜΜΑΤΙΚΗ / ΤΗΣ ΓΛΩΣΣΗΣ ΕΛΛΗΝΙΚΗΣ  
 / ἐν τῇ διαλέκτῳ ἰβηρικῇ /  
 GRAMMATIKEE / tees Gloossees Helleenikees en tee / dia-  
 lectoo Iberikee. / GRAMMATICA / DE LA LENGUA  
 GRIEGA, / en Idioma Español. / Por el R.P. F. MARTIN  
 DEL CASTILLO Lector / Iubilado en Theologia; y Provin-  
 cial que / fue de esta Provincia del sancto Evangelio / de  
 Mexico, del Orden de N.P.S. Francisco. / Con todo lo neces-  
 sario, para poder por si solo / qualquier aficionado, leer,  
 escrebir, / pronunciar, y saver la general y muy / noble Len-  
 gua Griega. / (Viñeta) / EN LEON DE FRANCIA, / A  
 costa de FLORIAN ANISSON, / Mercader de Libros en  
 Madrid. / (Línea) / M.DC.LXXVIII. / Con Approbacion y  
 Licencia. //

La gramática está dirigida a los eclesiásticos que se aplican, ya por particular afición ya por las necesidades propias de su ministerio, a las Sagradas Escrituras. Esta intención es clara cuando escribe, en la dedicatoria a la Provincia Mexicana del Santo Evangelio, que publica la obra “para fomento de sus Escriturarios oradores”, quienes, si de verdad quieren ahondar en las Escrituras deben consultarlas en sus textos originales, “pues (en cierto modo) para ser consumados maestros neces-



sitan ser ejercitados discípulos, en las lenguas en que se hallan escritos, los volúmenes más sagrados.”<sup>28</sup>

Fray Martín del Castillo fue natural de Burgos, España; las crónicas no señalan el año en que se trasladó a América; pero ya residía en ella el año de 1649, fecha en que imprimió los *Sermones* de la dedicación de los templos de la Merced, de san Lorenzo y de san Francisco de la Puebla de los Ángeles. Tendría entonces 28 años de edad y esta obra, “que abrió puertas a las demás”, sería su primera publicación. Ignoramos, también, si para entonces tuviera ya tiempo en Nueva España y si aquí llevó a cabo su formación académica y religiosa. En todo caso, a partir de entonces Castillo empenó sus mejores afanes por la superación académica de la Provincia Mexicana del Santo Evangelio; ocupó cargos importantes como rector y regente de estudios del colegio de san Buenaventura; sus obras, muchas impresas y otras tantas inéditas, pusieron énfasis en el estudio de las Sagradas Escrituras. Entre éstas sobresalen el *Arte hebreo-hispano* (1676), la *Gramática de la lengua griega* y el *Ars biblica* (1675).

Pareciera desprenderse de los preliminares de la obra que ésta es fruto de los “juveniles empleos” que, ahora, ya en la edad madura, “edad anciana” escribe, Castillo diera a luz; tal vez sea cierto, pero en todo caso, en 1676, cuando escribe la dedicatoria, fray Martín contaba 55 años de edad, tiempo que todavía dista de la ancianidad.

Los preliminares también confirman los datos que venimos señalando. En primer lugar la ausencia de cátedras establecidas de lengua griega. En el “Prólogo al lector”, Castillo señala que escribió la *grammatica* “considerando no haber en lo remoto de estos payses, maestro que en Academia alguna, enseñe griegos rudimentos”;<sup>29</sup> de ello resulta, por tanto, que sea “muy raro, o ninguno el que, se aplique a aprenderlos.” Castillo dispone, precisamente por esta situación, la estructura de su

<sup>28</sup> “A la observantissima y muy religiosa Provincia del Sancto Evangelio de México”, fol. [3v].

<sup>29</sup> “Prólogo al lector”, fol. [10v].

gramática para que la emplee el autodidacta; en la portada misma indica que el texto contiene

todo lo necesario, para poder por sí solo qualquier aficionado, leer, escribir, pronunciar, y saver la general y muy noble lengua griega.

Y en otro lugar apunta que puso todo su empeño en

escussar generales reglas, ser breve, y claro por el cuydado, que llevo, de suplir al principante en mi escrito, la falta, que tendrá de viva voz de Maestro.<sup>30</sup>

Testimonio son estos que confirman la ausencia de cátedras instauradas de griego en Nueva España y que los interesados en él recurrían al aprendizaje individual y autodidacta.

El segundo dato es el destino del griego; en los textos atrás citados queda claro que Castillo justifica la necesidad del griego porque sirve para el estudio de la Escritura; está, por tanto, fuera de sus miras el estudio de la antigüedad clásica. Evitó, consecuente con su propósito, presentar textos clásicos en la *Grammatica* y, en cambio, introdujo, en un apéndice con textos de traducción, la fórmula para persignarse; el *Pater noster*; el *Ave Maria*; el *Credo* y el himno *Salve Regina*.

Son cinco los libros que integran la *Grammatica*: el libro primero comprende el alfabeto, los signos ortográficos, los dip-tongos y la exposición de los dialectos griegos; el segundo se ocupa del artículo, el nombre y el pronombre; el tercero trata del verbo y del participio; el cuarto se refiere a las partes indeclinables de la oración; el último, el libro quinto, expone la sintaxis. Fundamentalmente se ocupa, por tanto, de la morfología; pero sería injusto menospreciar el tratado sobre la sintaxis. Su inclusión rescata a la *Grammatica* del nivel de mera cartilla y la enlaza con la tradición española de los gramáticos griegos del siglo XVI. No es un tratado exhaustivo; Castillo mismo indica que procuró evitar la prolijidad de otros autores, entre los que menciona a Francisco de Vergara; pero es un tratado que aborda los puntos esenciales de la sintaxis griega.

<sup>30</sup> "Prólogo al lector" fol. [6v].

Estos elementos, y el empleo de la lengua castellana en lugar de la latina, hicieron que la *Grammatica* tuviera gran difusión en Nueva España. La adquirieron, en particular, los conventos franciscanos de la Provincia del Santo Evangelio. Las listas de libros que los conventos redactaron en 1707 indican que la tenían el de Tepexi, Totomehuacan, Nativitas y Huichiapan; a ellos se agregan en 1723 el de Tula, Acambay, Tultitlán, San Cosme y Tepoyanco.<sup>31</sup> Todavía a mitad del siglo XVIII la *Grammatica* de Castillo seguía gozando de gran fama y aprecio, incluso igual que el otorgado a la célebre gramática del seminario de Padua. En 1791 Juan Luis Maneiro recuerda:

Et nos quidem Martini grammaticae multam operam intenti dedimus; nec aut Patavinae, aut alteri ex recentioribus inferiorem existimamus.<sup>32</sup>

La figura de Martín del Castillo, en suma, permaneció en Nueva España ligada a su deseo de propagar el griego; el mismo Maneiro reconocerá, más de cien años después, su primacía entre quienes se aplicaron a la difusión de la lengua griega:

inter Magistros principem obtinuit locum Martinus Castellus, coenobita Franciscanus, qui et grammaticam graecam suo Marte confecit, ac perquamutile graecarum litterarum studium in ejus aetatis adolescentibus propagavit.<sup>33</sup>

## 5

La aparición de gramáticas griegas en las listas de libros de las bibliotecas, testimonia el interés por el griego en Nueva

<sup>31</sup> Consúltense los catálogos de dichas bibliotecas en la Biblioteca del Instituto Nacional de antropología e Historia, las que reseño en la obra *Historia de las bibliotecas novohispanas* en prensa.

<sup>32</sup> "Y nosotros, ciertamente, entregamos mucho estudio a la gramática de Martín y no la consideramos inferior a la [del Seminario] de Padua, o a alguna otra de las más recientes"; en J. Luis Maneiro, *De vitis aliquot mexicanorum*, (Bolonía, 1792), t. III, p. 196.

<sup>33</sup> "Entre los maestros tuvo el primer lugar Martín Castillo, monje franciscano, quien de su propio ingenio compuso una gramática griega, y propagó entre los adolescentes de su época el muy útil estudio de las letras griegas" *idem*.



España. Aparte de la de Martín del Castillo de la que acabamos de hacer alusión, ya en 1663 el convento de Tezcoco manifiesta un "Bocabulario griego" y otra gramática cuyo autor omite; pero al acercarnos al siglo XVIII, con los aires de la Ilustración, los acervos de las bibliotecas reflejan el mayor aprecio por el griego. La biblioteca del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de los jesuitas tenía, además de las obras de la patología griega, la edición bilingüe, griego-latín, de Aristóteles; también las *Locutiones graecae in communes locos* (Lyon, 1588) de Jacobo Billius; el *Lexicon graeco-latinum* de Conrado Gesnerus, seis ediciones de las *Institutiones absolutissimae in graecam linguam* (1531, 1557, 1562, 1564, 1594 y 1618) de Nicolás Cleonard; la gramática de Martín del Castillo y el *Compendium grammaticae graecae* (Madrid, 1629) de Jacobus Ramirez.

Fruto de este espíritu y afición que se acrecienta en el siglo XVIII es Francisco Galves y Escalona; éste hombre de corta vida, nació en 1695 y murió en 1728, fue, al decir de Eguiara y Eguren, hombre interesado en la ciencia, especialmente en los experimentos físicos. Su interés científico le llevó a estudiar las lenguas hebrea, ciríaca y griega; de cada una escribió una gramática pero, por desgracia, ninguna de ellas llegó a la imprenta. Ahora se encuentran perdidas.<sup>34</sup> Otro conocedor del griego fue don Cayetano de Cabrera y Quintero, hombre de letras cuyas producciones aparecen durante la mayor parte del siglo XVIII. Eguiara y Eguren señala que escribió una gramática al mismo tiempo hebrea que griega, cuyos alfabetos son descritos en verso hexámetro; obra, sigue diciendo Eguiara, muy prolija en la que el autor presenta, en verso, los preceptos y la pronunciación de una y otra lengua.<sup>35</sup> La gramática, al

<sup>34</sup> "Franciscus Galves" en la parte inédita de la *Bibliotheca Mexicana*, ahí escribió Eguiara: "Artem graecae sciendi. Prout a testibus fidedignis coque consuetudine junctis accepimus, qui tamen, authore vita functo, ubinam mss remanserint nescii fuerant, nec aliud nos praeterea hactenus vestigare potuimus de libris cum primis faciendis."

<sup>35</sup> "Grammatica sive Ars Hebraea simul et Graeca, quibus alphabeta praefiguntur versi heroico latino: opus utrumque valde prolixum, ubi author metro ligatus cuncta quae de utriusque idiomatis dialecto, praeceptis et pronuntiatione praescribuntur, exigui corpore, labore non exiguo contraxit: en *Bi*

igual que la de Galves y Escalona, se encuentra perdida y desconocemos cualquier otra producción griega de Cabrera. Ignoramos, también, por qué Manuel de San Juan Crisóstomo le llama en 1842 "el mayor helenista que hayamos tenido". Tal vez él pudo conocer textos que no han llegado hasta nosotros.

Contemporáneo de Galves y Escalona, singularmente con el mismo año de nacimiento y muerte, fue José de Villerías y Roel; hombre poco conocido, pero de gran impacto cultural y cuya obra es revalorada lentamente. En el campo del helenismo novohispano Villerías es una figura de gran importancia: lo es, primero, porque es el único autor novohispano de quien conocemos versos griegos; segundo, porque abre el camino a la poesía griega y abandona el concepto meramente escriturario que hasta entonces prevalecía. Este hecho es, sin duda, de gran importancia en la historia de nuestro helenismo.<sup>36</sup>

Los versos griegos de Villerías adoptan la estructura poética del epigrama; su estrofa es el dístico. Los epigramas son nueve. Ninguno es de gran tamaño; son, por el contrario, muy breves, pues la mayor parte consta de un sólo dístico. Sumados los versos de todos los epigramas apenas llegan a treinta.

Además de los versos originales, Villerías tradujo 22 epigramas griegos de diferentes autores; también vertió a prosa latina la obra de Corintio, gramático de la época helenística, sobre los dialectos griegos.

El tema de los nueve epigramas originales es diverso: hay religiosos, satíricos y cortezanos. En su conjunto reflejan las preocupaciones cotidianas del autor; también revelan a un estudioso conocedor del griego y de su métrica, pero cuyo dominio aún no es lo suficientemente diestro para atender con soltura al asunto y al manejo artístico de la lengua. Ejemplo de lo dicho puede ser su primer epigrama dedicado a la Guadalupeana, símbolo del hombre criollo y protectora de la ciudad de México contra las furias de la laguna.

*bibliotheca Mexicana* (México, Ex nova Typographia in aedibus authoris editioni ejusdem Bibliothecae destinata, 1755), t. I, p. 461.

<sup>36</sup> Consúltese el estudio y traducción que sobre estos poemas hizo Lourdes Rojas Álvarez "Cultura clásica en José de Villerías y Roel" en *Cultura clásica y cultura mexicana* (México, 1983), pp. 269-289.



Εἰς τὴν ἀγιοτάτην παρθένον μαρίαν γουαδαλουπαίαν  
 Ἐπιγράμμα α΄  
 Ὡς πᾶς σοι φαιδρὸς δῆμος, ὦ παρθένε, ψάλλῃ,  
 Ἄττικά σοι ψάλλω νῦν ἱλαρῶς ἔπεα.  
 Πύργος, ὃν ἔθνος πέπρακται βαβυλωνικὸν ἔσσι,  
 Ὡς [ἀποκοπῇ] τοῦ κύματος οὐσσα θεοῦ.  
 Ἐν σοι γὰρ θαρρεῖ ζεύγειν ἡ μέξικος ὕδωρ,  
 Κ' εὐμεγεθοῦς πιστὴ μηνίδα τοῦ τενάγου.  
 Κηρύττη μὲν ἄραψι, αἰγυπτίος, ἴνδος, ἐβραῖος,  
 Γλῶσση ἄδη πάντων, οὐ χάος, ἀρμονίαν.<sup>37</sup>

Sus traducciones a la lengua latina tienen diversa procedencia: algunos epigramas proceden de la época clásica —Teognis, Calímaco y Simónides—; otros son alejandrinos —Mimnermo de Venera, Pallada de Alejandría, Teócrito de Priapo—; hay también un epigrama de la época renacentista. Ignoro qué texto tuvo Villerías a la mano para seleccionar los epigramas; por tanto, es difícil precisar si utilizó alguna antología o compiló textos de diversos libros. En todo caso, a los aquí reunidos puso como título *Graecarum poetarum poëmatia aliquot latina facta*. La traducción que hizo del tratado sobre los dialectos griegos tiene por título *Corinthi Grammatici de dialectis linguae Graecae libellus*; entre las páginas del manuscrito, donde se encuentran sus obras, hay una página latina, resto de algún alfabeto, que a las claras trasluce su finalidad didáctica. El título es *Vocalium graecarum contractione carmine comprehensae quo facilius memoriae mandetur*.

Si en las obras originales Villerías aun lucha con la forma; en las traducciones, por el contrario, tiene mayor dominio del lenguaje y, aunque su criterio de traducción es la paráfrasis, traduce fiel y elegantemente al original griego.

<sup>37</sup> La traducción que de este epigrama hizo Lourdes Rojas es la siguiente: a la Santísima Virgen María de Guadalupe:

Todo pueblo gozoso así te cante un himno, oh Virgen,  
 a tí te canto ahora, alegremente, palabras áticas.  
 Eres la torre que el pueblo babilónico ha construido,  
 siendo como el reducto de la vertiginosa ola,  
 Pues en tí confía para refugiarse el agua mexicana,  
 y eres confiable para ahuyentar la cólera de la enorme laguna.  
 Que el árabe, el egipcio, el indo, el hebreo (te) alaben,  
 el idioma de todos cante en armonía, no en caos,  
*idem*, p. 275.



La afición al griego seguía creciendo con el avance del siglo; en diversas partes de Nueva España encontramos, aunque aislados respecto al contexto cultural, círculos filohelénicos. Un ejemplo de ellos es la relación de José Antonio Bermúdez y el canónigo de Guadalajara, José Antonio Flores.<sup>38</sup> La afición al griego que ambos personajes tenían está testificada en el epistolario que entre los años 1750 y 1754 intercambiaron. En las cartas de Bermúdez encontramos frecuentes helemismos —llama *Ceraunópolis* (ciudad del rayo) a Guadalajara; *Pathernópolis* (ciudad de la Virgen) a Lagos; *Athánatos* a Dios, etcétera—; también continuas citas de los clásicos griegos —principalmente de Sófocles, Eurípides y Apolodoro—, en su idioma original; pero tal práctica no nace de petulancia o novelería sino de deseo genuino de cultivar la lengua griega; así lo expresa en una epístola a Francisco Xavier Lazcano en donde le manifiesta que se encuentra “poseído de un ardentísimo deseo de hablar el griego y el latín” y se solaza imaginando un viaje a la ciudad de México en donde encontraría abundancia de libros latinos y griegos.<sup>39</sup>

Flores, a quien Bermúdez llama “varón elocuentísimo ya sea que hable en griego o en latín”, modestamente confiesa por su parte, que “apenas he tocado el umbral de las letras griegas”;<sup>40</sup> pero tal modestia desaparece cuando enlista a Bermúdez las obras griegas que puede prestarle:

tengo también conmigo, como sabes, muchas obras preclaras, sobre todo del tesoro griego: las obras de Homero, de Museo, de Calímaco, de todos los Trágicos, de los Cómicos y Líricos, de los Epigramatorios; tengo asimismo las obras de Demóstenes y las de Esquines. Si algo de esto agrada a tu paladar, házmelo saber e inmediatamente te lo mandaré.<sup>41</sup>

Muchos son como vemos, los clásicos griegos que Flores tenía en Guadalajara y que ponía a disposición de su amigo

<sup>38</sup> Gabriel Méndez Plancarte “Un epistolario inédito” en *El humanismo mexicano* (México, 1970, pp. 95-125).

<sup>39</sup> *Op. cit.* pp. 100, 177, 124.

<sup>40</sup> *Op. cit.* p. 125.

<sup>41</sup> *Op. cit.* p. 125.

de Lagos; pero éste ponía su esperanza en la ciudad de México para satisfacer su afición clásica. No porque el griego se hubiera convertido en moneda corriente, pero en ella ya podían encontrarse cultivadores que fueran más allá de los problemas escriturarios. Atrás hemos reseñado cómo los jesuitas de la segunda mitad del siglo XVIII novohispano recurrían todavía a la gramática de Martín del Castillo. Ninguna fuente nos informa de cátedras de griego o de que se hubiese cambiado su transmisión personal y autodidacta; sin embargo, Gerard Decorme transcribe las instrucciones del 8 de agosto de 1764, en que el superior Ricci aconseja a las provincias españolas de la Compañía a elevar el nivel de los estudios y a preparar especialistas, entre otras disciplinas, de griego:

quisiera yo que hubiera hombres igualmente aventajados en Letras Humanas, en el buen manejo del latín, en el conocimiento del griego y del hebreo, en la verdadera elocuencia, en la física experimental, matemáticas, historia sagrada y profana con sus auxiliares como la numismática, la epigrafía y arqueología y también la teología dogmática positiva. No que todos hayan de saber todo eso, pero sí que haya alguno sobresaliente en cada una de esas materias.<sup>42</sup>

Estos elementos debieron traducirse en cierto auge de la lengua griega; incluso Maneiro, al escribir en 1791, llega a señalar que la materia fue enseñada por "magistri plures" en la Universidad. El elemento que suscita la duda sobre su afirmación es que, erróneamente, remonta este magisterio hasta Martín del Castillo, a quien otorga el primer lugar entre los profesores universitarios de griego.

En todo caso, Maneiro, aunque basado en datos falsos, recrea el clima de aprecio que a la mitad del siglo la capital novohispana tenía del griego; todos estos elementos condujeron a otro jesuita, Agustín de Castro, a escribir en el destierro de Ferrara una historia del helenismo novohispano. El breve párrafo que nos aporta los datos anteriores es el siguiente:

<sup>42</sup> Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, (México, 1941), p. 232.



Hoc eodem tempore narrationem historicam scripsit (Augustinus Castrus) de graeca lingua in Novohispanis exculta, cujus elementa in Academia Mexicana Magistri plures tradiderunt: quos inter Magistros principem obtinuit locum Martinus Castillus.<sup>43</sup>

El trabajo de Castro, por desgracia, se encuentra perdido y, por ahora, nos vemos obligados a prescindir de los datos importantes que pudiera aportarnos. Este no fue su único trabajo en torno al helenismo; también tradujo al castellano poemas de Anacreonte, Safo y Hesiodo; comparó, además, una tragedia de Séneca con otra de Eurípides para demostrar que los autores dramáticos españoles, al abandonar a los clásicos griegos —“quoniam graecorum exemplaria neglexerant”—, renunciaron al buen gusto. Dato que revela cómo el espíritu neoclásico era el que conducía a estos escritores hacia los griegos.<sup>44</sup>

Otros dos compañeros de Castro también aprendieron el griego: Francisco Xavier Clavigero y Francisco Xavier Alegre. El historiador Clavigero lo hizo entre los años 1748 y 1750, durante su noviciado en Tepotzotlán. Primero lo emprendió, nuevamente según Maneiro, por propia iniciativa; fue alentado después por un jesuita de origen alemán, cuyo nombre omite Maneiro. Bajo su dirección llegó a tener un buen dominio de la lengua:

<sup>43</sup> “Por este mismo tiempo escribió una narración histórica sobre la lengua griega cultivada en Nueva España, cuyos elementos muchos profesores enseñaron en la Universidad de México: entre quienes Martín Castillo obtuvo el primer lugar” en J. L. Maneiro, *De vitis aliquot mexicanorum* (Bolonía, 1792), t. III, p. 195.

<sup>44</sup> Vertit autem Troades, non quod hunc Tragicum, ut ingenio laudabilem in paucis, imitationem proponendum crederet; sed quia cogitarat similem Euripides tragoediam vertere, binisque inter se collatis versionibus, plane commonstrare, idcirco ab optimo sapore discessisse tragicos, et comicos in hispanis, quoniam graecorum exemplaria neglexerant, et Senecam, ut magnis virtutibus, ita et paribus vitiis refertum, imitari studuerant. Et quoniam de versionibus ejus loquimur, chartarum habebat fasciculum molis non mediocris, in quo permixte colligebat ea carmina, quae de variis argumentis, ut se dabat occasio, conficiebat: ibique inter alia reperires hispane ab se redditas aliquas Boilevii satyras, plures Juvenalis, alias Horatii, necnon Anacreontis odas aliquot, et binas poëtrie Saphus, quae supersunt; et plura Virgilio, Hesiodi...” *Op. cit.*, t. III, p. 202.



Qua quidem studendi ratione mirificos in politioribus litteris egit progressus; atque ab latina lingua quasi vocatus, et suaviter invitatus ad graecam, primas hujus institutiones ipse proprio Marte, summisque sudoribus degustavit; in quibus postea non inutilem posuit operam et graecos ultra mediocritatem intellexit, germano viro graece, atque hebraice doctissimo facem praefereute, atque illum in his doctrinis manu-decente.<sup>45</sup>

El clima literario que vivía Tepozotlán por esos años inducía, sin duda, al aprecio del griego; un año antes que Clavigero, en 1747, le tocó a Alegre iniciarse ahí en su conocimiento. Escribe Manuel Fabri que en 1747, siendo Alegre novicio en Tepozotlán, cayó en sus manos una Biblia con notas en griego y en hebreo; incitado por el reto, Alegre se aplicó a memorizar y buscar el sentido de las notas en ambos idiomas, hasta que logró su entera comprensión:

Sed et hebraice graecaeque linguae non nihil etiam in ipso Tirocinio cursim delibavit; cum enim Sacrorum Bibliorum exemplar, quod sibi obtigerat, quodque identidem cum fructu evolvebat, utriusque illius linguae notis, ad earum voces probe intelligendas, instructum esset, eas Alegrius sedulo contemplari, in commentarios referre, tenacissimaeque consignare memoriae vel ex eo tempore aggressus est, feliciterque obtinuit, majorem deinceps earum linguarum cognitionem, aetate procedente, assecuturus.<sup>46</sup>

<sup>45</sup> "Ciertamente con este método de estudio hizo progresos admirables en las bellas letras; y como llamado e invitado suavemente de la lengua latina a la griega, él mismo por su propio esfuerzo y con grandes sudores gustó las primeras instituciones de ésta; en las que puso después no inútil trabajo y entendió a los griegos más allá de la medianía, mostrando el panorama y conduciéndole de la mano en estas doctrinas un varón alemán doctísimo en griego y en hebreo." *Op. cit.* t. III, p. 36.

<sup>46</sup> "Pero en el mismo noviciado probó de pasada no poco de las lenguas hebrea y griega; porque habiendo obtenido un exemplar de la Biblia, con notas en una y otra lengua, al que con fruto releía, para entender correctamente sus voces, Alegre las contempló con asiduidad, les hizo comentarios, las consignó en la memoria tenacísima o en cualquier momento volvía a ellas, y lo consiguió felizmente: mayor conocimiento de estas lenguas, en época posterior, conseguiría" en M. Fabri "De autoris vita commentarius" en F. X. Alegrii, *Institutionum theologicarum libri XVIII* (Venecia, 1789), t. I, p. XII.

Su conocimiento lo completó pocos años después cuando residía en la Habana. Ahí tuvo por compañero al siciliano José Alaña, a quien Fabri califica de "graecis latinisque litteris eruditum"; bajo su dirección Alegre completó la formación iniciada en Tepozotlán:

Socium in eodem Collegio sortitus est P. Josephum Alañam Senem doctissimum, natione Siculum, graecis, latinisque litteris eruditum, et Mathematicis etiam disciplinis insignem: qui rapidissimum Alegrii ingenium, inexplebilemque discendi conatum saepius demiratus, eum arctissimo litterarum vinculo sibi obstringere, ad nova quotidie scientiarum lumina provehere, atque ulro currentem etiam atque etiam incitare aggressus est.

Sub eo nempe Magistro, inaepta olim linguae graecae rudimenta resumpsit, et quantum per alia studia, et occupationes licuit, ultra progressus, Matheseon etiam arcana penetravit.<sup>47</sup>

El primer fruto de estos estudios fue la versión que Alegre hizo al latín de la *Batrachiomachia* de Homero; en una carta, con fecha de 2 de mayo de 1751, que el traductor dirige a Mariano Loyzaga Antonio, explica que emprendió la versión con el fin de hacer a un lado varias traducciones, entonces en circulación que, más que decoro, atraían la ignominia sobre Homero:

Habes Homericam Batrachiomachiam diu a me elaboratam, partim ut vulgatas nonnullas versiones studiosa juvenus contemneret, ex quibus non tam gloria in poetarum Principem, quam dedecus derivatur.<sup>48</sup>

<sup>47</sup> "Tuvo como compañero en el mismo Colegio al P. José Alaña, anciano doctísimo, de nacionalidad siciliana, erudito en la literatura griega y latina, e insigne también en las disciplinas matemáticas: quien admirado del rapidísimo ingenio de Alegre y de su continuo e inexplicable empeño de aprender, se le unió con el estrechísimo vínculo de las letras, para que cotidianamente aumentara las luces de las ciencias, y se empeñó en incitarle para que cada día delantara más. Bajo la dirección de este maestro, recuperó los rudimentos de la lengua griega en otro tiempo iniciados y, en cuanto le permitió las ocupaciones y otros estudios, avanzó más adelante y también penetró en los arcanos de las matemáticas", en *Op. cit.*, p. XVI.

<sup>48</sup> "Tienes la Batracomiomaquia de Homero elaborada por mí durante lar-



La versión, que sólo comprende el libro primero, emplea un estilo elegante que recrea la majestad de la épica burlesca del original. Alegre, por otra parte, no se apega literalmente al texto griego sino que, cuando lo considera oportuno, no muchas veces por cierto, introduce digresiones:

Fateor plura non ad verbum e graeco fonte trastulisse, Flacci nostri praeceptum sequutus; imo et in aliquibus extra Homeri vestigia exorbitasse. Nonnulla enim addidi minime ut puto extra rem; verum in hoc tuum plusquam meum iudicio exopto.<sup>49</sup>

La traducción debió ser iniciada entre 1749 y 1750, cuando Alegre estaba en Tepotzotlán; fue terminada en 1751 cuando ya residía en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Este texto permaneció muchos años inédito; en el siglo pasado Joaquín García Icazbalceta lo localizó en el manuscrito número 1600 de la BNM., y lo publicó en *Opúsculos inéditos latinos y castellanos del P. Francisco Xavier Alegre* (México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1889), pp. 174-188.

El segundo trabajo de versión griega que Alegre emprendió fue el traslado a hexámetro latino de la *Iliada* de Homero. En el año de 1773 publicó en Forli, en la imprenta de Achilles Marozzi, las primeras 10 rapsodias. En las palabras al lector que antepone a esta edición, Alegre fija su criterio de traducción: no competirá con las innumerables versiones de Homero; algunas intentan traducirlo palabra a palabra; otras, trasladar su elegancia; él procurará captar su intención y sentido, la "mentem", a la manera de Virgilio. Precisamente, éste párrafo y el empleo de fórmulas absolutamente virgilianas le valió a la traducción el juicio de virgiliana. El mismo Fabri apunta el

go tiempo, sobre todo para que la juventud estudiosa refute algunas versiones de dominio público, de las cuales se deriva para el príncipe de los poetas tanto gloria como deshonra" en *Opúsculos inéditos latinos y castellanos del P. Francisco Javier Alegre* (México, 1889), p. 186.

<sup>49</sup> "Confieso que, siguiendo el precepto de Horacio, no traslade literalmente muchas cosas del original griego: sobre todo en algunos cosas cuyos vestigios según pienso añadí pocas cosas fuera del asunto; en esto apelo a tu juicio más que al mío." *Op. cit.* p. 187.



tópico que después retomaré Menéndez y Pelayo. Escribe Fabri: "eam siquidem e graeco fonte latinitate donatam, suavissimo-que, ac plane virgiliano versu redditam..."<sup>50</sup> Cuánto deba a Virgilo es, sin embargo, cuestión que todavía no ha quedado establecida y que exige estudio. Las palabras al lector son las siguientes:

LECTORI: Homeri Iliadem nostris laudibus extollere, insanum [esset]: in eiusdem commendationem omnis generis scriptorum testimonia congerere, infinitum, versionem item nostram commendare stultum profecto, ac deridiculum. Equidem quum versiones non eadem ex causa, aut eodem sibi proposito fine, omnes adornaverint, nec item eodem ex capite earum utilitas aestimari, aut commendari potest. Sunt enim qui sic existiment, versiones illas, quae verbum verbo expriment, aliis liberioribus esse praeferendas, nam hae (quod de Angelo Politiano jure merito adnotavit H. Stephanus) dum latini sermonis elegantiam, et verborum proprietatem sectantur, a Graeco fonte longius divagantur, ut quid cui respondeat non facile discerni queat. Atque haec quidem vera esse fateor, quum in eorum gratiam, qui Graece discere cupiunt, Homeri, aut cuiusvis alterius opera in latinum, aut vulgarem sermonem vertenda susceperis, quod sibi dumtaxat praestituisse videntur quum Demetrius Calcondylas, tum Henr. Stephanus Salvinus, et his similes alii, a quibus in latinam, Hispanam, Italam, Gallicam, Anglicam, et Germanicam linguam Homeri opera, et plura alia Graecorum translata sunt. Ut autem Graecae linguae addiscendae ejusmodi scriptorum labore nihil utilius, ita Homeri, aut poetae cujusvis alterius gravitati, elegantiae, ac sublimitati cognoscendae, ac pensandae nihil fieri, aut excogitari potest ineptius, immo contrarium magis. Quo fit, ut Henr. Stephani, exempli gratia, quum versionem totam perlegeris, aut te Homerum illum tot omnium gentium praeconiis laudatissimum legisse non credas, aut tot retro viros doctissimos insanire arbitraris, qui tot ineptissimas loquutiones, frigiditas sententias ac descriptiones insipidas summis laudibus certatim extulerint. Ergo Homeri mentem, non verba, latinis versibus exprimere conati, Virgilium Maronem, Homeri, inquam optimum, et pulcherrimum

<sup>50</sup> "Traducida del griego al latín y trasladada en verso muy terso y claramente virgiliano" en Fabri, *Op. cit.*, p. XXIV.

interpretem ducem sequimur, in quo plura ex Homero fere ad verbum expressa, plurima levi quadam immutatione detorta, innumera, immo totus quotus Maro est, ad Homeri imitationem compositus. Ubi igitur Virgilius pene ad literam Homerum expressit, nos eadem Virgiliti carmina omnino, aut fere nihil immutata lectori dabimus, nec enim aut ab ullo mortalium elegantius efferri potuisse quispiam crediderit, aut vitio, plagiove nobis verti poterit, si ubicumque inventam Homericam suppellectilem, ipso jure clamante, vero domino restituamus. Eos itaque versus, quos immutatos a Virgilio desumimus asterisco notatos exhibemus. Ex viginti quatuor autem Iliados libris, decem hic, alibi, Deo dante, quatuordecim alios edendos curabimus, quorum ad calcem adnotationes nonnullas adjiciemus.<sup>51</sup>

<sup>51</sup> Al lector: sería insano celebrar la *Ilíada* de Homero con nuestras alabanzas; infinito, reunir en su recomendación testimonios de todo género de escritores; también tonto y, ciertamente, ridículo recomendar nuestra traducción. En verdad no puede juzgarse o recomendarse la utilidad de las traducciones puesto que no todos las adornan por la misma causa o por su mismo objetivo explícito o por la misma razón. Pues hay quienes estiman que deben preferirse aquellas traducciones que corresponden palabra a palabra, a aquellas otras más libres, pues éstas (lo que E. Stephano con todo derecho señaló sobre Angel Poliziano) mientras se afanan en buscar la elegancia de la expresión latina y la propiedad de las palabras, se apartan más del original griego, de manera que no es fácil distinguir qué corresponde a qué. Y confieso que estas cosas resultan verdaderas cuando aceptas obras de Homero o de cualquier otro que, en favor de quienes desean aprender griego, deben traducirse al latín o a la lengua vulgar, porque parece que ya fijaron con precisión o Demetrio Calcondylas o Enrique Stephano Solvino y otros semejantes a éstos que tradujeron al latín, al español, al francés, al inglés y al alemán las obras de Homero y muchas otras de los griegos. Más para aprender la lengua griega nada más útil que el trabajo de los escritores de este género, para conocer y apreciar la gravedad, elegancia y sublimidad de Homero o de cualquier otro poeta, sin embargo, nada puede ser o pensarse más inadecuado o incluso más contrario. De donde resulta que cuando leíste toda la traducción, por ejemplo de Enrique Stephano, no crees que has leído a aquel Homero alabado con tantos encomios de toda la gente, o juzgarías que enloquecieron tantos varones doctísimos que resaltaron, a porfía, con grandes alabanzas locuciones tan inéptas, sentencias frías y descripciones insípidas. Así pues, intentamos expresar en versos latinos no las palabras de Homero, seguimos al guía Virgilio Marón, al óptimo, digo, y excelente traductor de Homero, en el cual muchas cosas de Homero están expresadas casi a palabra, muchas cambiadas con leve variante, innumerables, ciertamente todo cuanto es Marón, compuestas a imitación de Homero. Así pues, cuando Virgilio expresó a Homero casi a la letra, nosotros reproducimos para el lector totalmente los mismos versos de Virgilio o levemente cambiados, pues nadie creería que pueda ser expresado más elegantemente por alguno de los mortales o que podría ser traducido con vicio y plagio por nosotros, si restituimos al verdadero dueño, que clama por su propio derecho, el caudal homérico encontrado. Por lo de-



Tres años después, en 1776, editó la traducción de las 24 rapsodias.<sup>52</sup> Las diez primeras fueron sometidas a intensas correcciones que eliminaron fallas tanto del impresor como del traductor; Alegre, sin embargo, nunca estuvo del todo satisfecho con su traducción a la que sometió a continua corrección; Juan Malo de Villavicencio utilizó, después de muerto Alegre, estos papeles y en 1788 preparó la edición "venustior et emmendatior", impresa en Roma "Apud Salvionem, typographum Vaticanum."<sup>53</sup>

Estos frutos del destierro jesuítico tuvieron, sin duda, su origen en los tiempos novohispanos. Atrás hemos mencionado la instrucción de Ricci a las provincias españolas sobre el aprendizaje y cultivo de las lenguas y las artes; en lo que respecta al griego Francisco Zeballos, el provincial (1763-1766) previo al destierro, intentó ponerla en práctica. Narra Maneiro que Zeballos hizo venir a la ciudad de México a Clavigero y a Alegre y pretendió reformar el estudio de las letras mediante la creación de una academia a cargo de Alegre; además, pretendió crear las cátedras de griego y matemáticas; la primera en el colegio de San Ildelfonso de la ciudad de Puebla y la segunda en San Pedro y San Pablo de México:

Tentavit etiam, graecae linguae adjumento, et mathematicis cognitionibus Novohispanos excoli: quae nimirum et sua natura inserviunt ad mentem perficiendam, et pulcherrime litteratum exornant. Quod suum consilium ut executioni aliquando mandaretur, per litteras egerat cum Supremo Societatis Moderatore. Ac destinarat jam Angelopolim ad Divi Ildephonsi Collegium pro graecae linguae schola; Mexicum ad Sanctorum Petri, et Pauli pro theatro Mathematico.<sup>54</sup>

más, aquellos versos que tomamos literalmente de Virgilio los señalamos con un asterisco. Aquí están las primeras diez rapsodias de las veinticuatro de la *Iliada*; en otro momento, con el favor de Dios, procuraremos editar las otras catorce, a las cuales pondré múltiples anotaciones al calce.

<sup>52</sup> La edición apareció en dos volúmenes, impresa en Bolonia por Fernando Pizarro.

<sup>53</sup> Malo de Villavicencio dedica el libro a la Ciudad de México; señala que la edición de Bolonia contenía muchos errores —*menda plurima deturpabant*—, mismos que ahora, *ut patriae decore*, corrige en la medida de sus fuerzas.

<sup>54</sup> "Procuró también que los novohispanos se cultivaran con el auxilio de la lengua griega y con la instrucción en las matemáticas: las que por su natu-



El destierro en 1767 impidió que los planes jesuíticos tuvieran cumplimiento.<sup>55</sup> A Puebla, sin embargo, había llegado en 1765 un obispo ilustrado: Francisco Fabián y Fuero. Hombre de pensamiento moderno, dentro de la ilustración española, Fabián y Fuero era, además, amante del griego. José Mariano de Beristáin y Souza, que debe su formación al obispo, testimonia

Yo vi frecuentemente sobre su mesa aquellos libros [las obras de Crisóstomo, Linneo, Cicerón y la Biblia] y entre ellos la Iliada de Homero.<sup>56</sup>

Pero el obispo no se contentó con leer textos griegos, se preocupó también por difundir la lengua. Beristáin escribe de nueva cuenta:

No fueron los menores [beneficios] el haberme dado por sí mismo lecciones de la Lengua Griega.<sup>57</sup>

Ignoro si Fabián y Fuero había estado al tanto de los esfuerzos de los jesuitas por crear la cátedra de griego en San Ildefonso de Puebla; lo cierto es que a su expulsión él erigió la cátedra en el Seminario Palafoxiano. Este hecho tiene una doble significación: por una parte, la cátedra del Palafoxiano es la primera cuya creación nos consta documentadamente en Nueva España; en segundo lugar, por este hecho el Seminario Palafoxiano se coloca a la cabeza de las instituciones educativas del imperio español que, apenas a partir de la década de los setentas, empiezan a reponer la cátedra de griego en la Península Ibérica.

raza por una parte sirven para perfeccionar la mente y por otra para adornar bellamente al crítico. Para que alguna vez encargara la ejecución de su designio, que por cartas había tratado con el supremo jefe de la Compañía, había ya destinado para escuela de griego al Colegio de San Ildefonso de la Puebla de los Angeles; y para las matemáticas al de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México." En J.L. Mancero, *Op. cit.*, t. I, p. 257.

<sup>55</sup> Mancero, amargamente, comenta que ojalá mejores tiempos hubieran ayudado a tan buenos propósitos: "Utinam et tam recte cogitanti feliciora tempora favissent", *Ibidem*.

<sup>56</sup> J. M. Beristáin y Souza, *Op. cit.*, t. I, pp. 534-535.

<sup>57</sup> *Ibidem*.

Los aires de Trento, sin embargo, no se habían disipado por entero. El griego, aunque cada vez más conocido, continuaba reducido al círculo de las vanguardias científicas. La pretensión de crear la cátedra en la Real y Pontificia Universidad de México revela, en una nuez, el enfrentamiento de ambos pensamientos.

En 1762 un exalumno de la Universidad le legó 5 mil pesos que de los fondos universitarios debían completarse hasta llegar a 10 mil. Esta cantidad debía ser puesta a rédito y costear con sus ganancias tanto una cátedra de griego como una de hebreo. Llevado el asunto a Claustro, el 29 de abril de 1762 hubo 27 votos por aceptar el legado contra 12 que lo rechazaron. En rigor legal las cátedras debían crearse; pero los perdidosos, con artimaña legaloide, recusaron la votación alegando incompetencia jurídica del Claustro para crear cátedras, asunto que, dijeron, era de exclusiva competencia del Rey o del Virrey. Los alegatos jurídicos consumieron el tiempo y el legado quedó sin efecto. Las cátedras, en consecuencia, no se crearon.<sup>58</sup>

Los motivos que movieron a los opositores son de diversa índole. Algunos tan pragmáticos como el resguardo del propio salario que sería mermado con propinas para reunir la cantidad faltante. Pero dos son los más significativos. El primero es un vestigio de Trento: alegaron los opositores que el griego y el hebreo conducen a la herejía; que el griego es innecesario porque "entre los griegos no hay ahora sino ignorancia"; que lo importante ya se encuentra traducido; que cuando se creó la Universidad se instituyeron las cátedras necesarias; si entonces no se instituyó la de griego fue porque tal lengua se considero innecesaria. La proclividad a la herejía se argumentó más claramente respecto al hebreo:

No es necesario [éste] por estar traducida la Escritura al latín por san Jerónimo, declarada la traducción legítima por el Concilio de Trento y además, los hereges de estos tiempos

<sup>58</sup> Sobre la creación de la cátedra de lenguas orientales consúltese en el Archivo General de la Nación, Ramo Universidad, vol. 24, fols. 49r-50v; 58v-59r; 114v-117v; 120r-123r y 126v; también, Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas*, (México, FCE, 1944), pp. 11-20.



han tomado refugio de ocurrir a los originales; si estos hereges que arguyen en hebreo (que por acá no han llegado) no se convencen con la traducción de san Jerónimo, menos se convencerán con la que otro hiciere.

El segundo motivo parece tener tras de sí la famosa carta 23 de las *Cartas eruditas* de Benito Jerónimo Feijóo en que “disuade a un amigo suyo el estudio de la lengua griega y le persuade el de la francesa.” Alegaron los doce opositores que el tiempo dedicado a lenguas en desuso debía dedicarse a los estudios médicos o a lenguas más necesarias; para México éstas serían el otomí o el mexicano. Su argumento, a caballo entre Trento y el Positivismo decía:

Por otra parte, el tiempo que emplearía en el estudio del griego se podría utilizar en cosas de mayor provecho; no se hallaría buen maestro para enseñarlo y se le considera de poca importancia *in re litteraria*.

A lo largo del siglo XIX seguirá resonando tal argumento.

Estos fueron los caminos, alternos y contrapuestos, por los que transitó la lengua griega al terminar el siglo XVIII novohispano. Si un resumen debiera hacerse éste diría que, sin abandonar la suspicacia de la Contrarreforma, lentamente Nueva España fue abriendo sus puertas a los textos líricos y científicos de los griegos, como Hipócrates, que cada vez más se hicieron presentes en su lengua original.

## 6

El estudio del griego en el siglo XIX ofrece un caleidoscopio de posiciones: para algunos el griego contribuirá a revitalizar las ciencias, la filosofía y la literatura; para otros, los “católicos de Pedro el Ermitaño”, será un instrumento de defensa de la Vulgata y, por ende, del magisterio de Roma. Los veremos, incluso, abandonar sus ancestrales prejuicios e impulsar el estudio de los idiomas clásicos para combatir al Romanticismo. En la polémica sobre las lenguas clásicas, en nuestro caso sobre

el griego, se libraba parte de la batalla social sobre el tipo de país a construir. Estas posiciones se traducirán en los métodos y programas de estudio tanto en seminarios como en instituciones estatales.

Después de Puebla, cuya historia posterior a Fabián y Fuero hasta el momento no ha sido estudiada, fue el Seminario de Morelia el que instituyó la segunda cátedra de griego en México. Su impulsor y mecenas fue Mariano Rivas quien, entre los años 1833 y 1834, de su propia hacienda y de la de algunos de sus colaboradores pagó la cátedra. Para Rivas el griego contribuiría a elevar las ciencias y las artes; así lo había hecho en el trascurso de la historia con aquellos pueblos que lo cultivaron; no había razón para que en México sucediera de manera distinta. Tal se desprende del siguiente texto, a ratos ingenuo, pero de pensamiento moderno que pronunció en la distribución de premios de 1834:

La lengua de Homero y de Demóstenes, no ha tenido lugar en este Colegio: hoy se enseña con el éxito más lisonjero, y en breve tendremos helenistas bien formados. ¿A quién se oculta que la Grecia fue el país clásico y original de la poesía, de la elocuencia, y de casi todas las ciencias y las artes? Los latinos no fueron ciertamente más que sus imitadores y discípulos. Horacio, el mayor poeta lírico de los latinos, reconocía muchos más alto vuelo en las odas de Pindaro, que en las suyas: Ovidio, humillándose a vista de Virgilio, afirma que cuanto le excedía este poeta, otro tanto era excedido Virgilio de Homero: y Cicerón con todo su prodigioso ingenio, probablemente no habría sido más que un retórico, si en sus viajes por la Grecia, no hubiese recogido y hecho propias las reliquias del vehemente republicano, que contrabalanceó por mucho tiempo con la fuerza de su palabra la de los ejércitos victoriosos de Filipo. ¿Y quién ignora que la restauración del buen gusto, y de los conocimientos útiles, en los últimos siglos, se debe a los pocos literatos que escaparon del furor mahometano, y trajeron del levante al occidente de la Europa el rico tesoro de la sabiduría ateniense? Desde la época de la Restauración se ha cultivado este idioma con aplicación infatigable: las naciones sabias poseen traducciones excelentes: y lo que es más, los conatos para acercarse a los



modelos de la antigüedad, han producido escritores originales en casi todos los ramos de la literatura. Fenelón ha seguido muy de cerca a Homero; Bossuet no tiene que envidiar el entusiasmo, la fuerza y la inspiración de Demóstenes; y Pascal ha excedido a Platón. ¿Cuándo llegaremos a poseer un escritor tan dulce como el del Telémaco, un orador tan penetrante como el panegirista de Henriqueta, y un pensador tan profundo como el autor de las Cartas Provinciales? La literatura mexicana ganará mucho con el establecimiento de nuestra cátedra de griego, que ojalá sea permanente. Subsiste a mis expensas, contribuyendo los señores Vicerrector y catedrático de Derecho y Filosofía.<sup>59</sup>

Un viento fresco cruza por estas páginas; Rivas abandona los viejos prejuicios; enfrenta la cultura griega con espíritu moderno y a través de él desea colocar a México en el conjunto de lo que él llama "las naciones sabias."

La cátedra, como esperaba Rivas, logró estabilizarse. En 1852 Clemente de Jesús Munguía, en la *Memoria instructiva*, se refiere a la metodología: se empleaba la gramática de Vergnés de las Casas y en la clase se procedía a la exposición general del texto, al análisis de las frases y, por último, a ejercicios prácticos de los alumnos sobre el texto expuesto. No indica Munguía qué clase de texto empleaban, pero añade que el profesor insistía más en la práctica que en la memorización:

Los textos que sirven para el latín y el griego, están sujetos a una reducción indispensable para facilitar los adelantos sin recargar inutilmente, con perjuicio de una práctica extensa, la memoria de los alumnos.<sup>60</sup>

La cátedra se suspendió el año de 1859 puesto que por el conflicto con las Leyes de Reforma, el Seminario se vió en la nece-

<sup>59</sup> *Alocución con que cerró el año escolar de 1834, en el Seminario Tridentino de Morelia su rector el Lic. Mariano Rivas*, (Morelia, imprenta del Estado 1835), pp. 7-8; sobre Rivas consúltese el artículo de Roberto Heredia "Mariano Rivas, educador y humanista" en *Homenaje a Rubén Bonifaz Nuño*, (México, UNAM, 1987), pp. 210 y siguientes.

<sup>60</sup> Clemente de Jesús Munguía "Memoria instructiva sobre el origen, progresos y estado actual de la enseñanza y educación pública en el Seminario Tridentino de Morelia", en *Obras diversas*. Primera serie, (Morelia, 1852), t. I, pp. 123-124.

sidad de cerrar sus puertas. En 1866 volvió a ser abierto y la cátedra de griego tornó a ser enseñada.

El ejemplo de Morelia tendió a extenderse; incluso, nos atreveríamos a decir, bajo su impulso se crearon otras cátedras de griego. En 1844 se instituyó la del Colegio de San Francisco de Sales, de la ciudad de León, que funcionaba como seminario auxiliar del de Morelia; en 1846 lo fue en el Seminario Conciliar de México por su rector Jesús Díez de Sollano, antiguo alumno del Seminario de Morelia; en 1852 Melchor Ocampo la promovió en el Colegio de San Nicolás, el antiguo colegio de Morelia fundado por don Vasco de Quiroga. El primer maestro fue Miguel Martínez, educado en el Seminario.<sup>61</sup>

En Guadalajara también empezó la enseñanza del griego al inicio de la década de los cuarenta. El clérigo Espinosa, profesor anciano del Seminario, de manera autodidacta inició su estudio y en torno suyo formó a un grupo aficionado al griego. En este grupo se apoyó fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera para fundar la cátedra. Momento importante es la fecha del 22 de octubre de 1843; ese día Nájera pronunció, en la solemne apertura de los estudios del Seminario o Colegio de San Juan, la más vigorosa y encendida defensa del griego en México. La mayor parte del discurso está dedicada a abordar diversos aspectos de la problemática en torno a su enseñanza, historia en México y utilidad.<sup>62</sup>

El griego no es una lengua muerta; es el "pasaporte legal para poder viajar en el mundo de la filosofía, de la historia y de la poesía." El griego no es lengua muerta porque es la lengua de la razón y "la razón es inmortal." Ella nos convida a escucharla a través de Platón, Demóstenes, Aristóteles e Isócrates:

<sup>61</sup> Véase el artículo citado de R. Heredia, pág. 210.

<sup>62</sup> Para mayor información sobre los datos anteriores y lo aquí tratado consúltese: *Discurso que en la solemne apertura de los estudios en el nuevo año escolar dijo en el Colegio de San Juan de Guadalajara Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, el día 22 de octubre de 1843*, (Guadalajara, Imprenta del Gobierno, 1844), pp. 23-36. Sobre Fray M. de San Juan Crisóstomo véase el artículo de Woltang Vogt, "Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera y la cultura de Jalisco", en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, t. III, Nº 22 (Guadalajara, Marzo de 1986), pp. 13-20.



si debemos dejar de estudiar el griego por ser lengua muerta, murió de veras para nosotros todo lo escrito, desde Moisés hasta el siglo XVI, en que la modificación de todas las lenguas de Europa, anticuó las hablas de las naciones, que en el día de hoy se conservan con grandes mutaciones.<sup>63</sup>

A los eclesiásticos, continuó argumentando, el griego permite defender la fidelidad de la traducción de la Vulgata; obligación que hasta ahora han soslayado por su desventaja frente a los orientalistas protestantes.

A la teología toca defender la verdad que contiene, y deo, señores, a vuestra consideración, qué conflicto no será para el teólogo, el no poder defender directa y demostrativamente el mérito, la fidelidad y autenticidad de nuestros libros santos, cuando se hallare con quien se las dispute o se las niegue.<sup>64</sup>

Sus detractores ni siquiera pueden ampararse tras Melchor Cano porque su posición nunca fue la de la Iglesia; Cano, como los sofistas que pretendían desacreditar a la retórica con sus propias armas, pretendió eliminar el griego después de aprovecharse de sus beneficios; la Iglesia, por el contrario, como en el concilio de Viena, aconsejó el estudio de esta lengua.

Pero el griego no sólo importa al clérigo ni sólo interesa como entretenimiento de lujo para eruditos. Es de conocimiento necesario para el literato, para el historiador, para el filósofo y para el jurista porque esta lengua es "depositaria de las historias primitivas, de las doctrinas de la nación más civilizada."

Refuta a quienes, como Feijóo, consideran inútil aprender griego porque ya todo se encuentra traducido, especialmente al francés:

¿Conque todo está traducido al francés?, o no lo saben, o no lo creen los mismos franceses, pues, a ningún joven admiten a los estudios de facultad alguna, si no están preparados con los conocimientos del latín y del griego.<sup>65</sup>

<sup>63</sup> *Op. cit.*, p. 24.

<sup>64</sup> *Op. cit.*, p. 25.

<sup>65</sup> *Op. cit.*, p. 31.

Por lo demás, ninguna garantía tenemos sobre la fidelidad de las traducciones puesto que carecemos de elementos de juicio:

Y ¿quién nos garantiza esas traducciones? Francés es Amiot, francés es Dacier, ambos tradujeron a Plutarco, y éste acusa a aquél de inexacto: y en efecto, diferencian notablemente en muchos, muchísimos lugares: ¿por quién de los dos estará la razón?, ¿acudiremos al juicio de París?, ¿encontraremos a Edipo? Y ¿nosotros hemos de decidir la controversia? ¿podremos ser jueces, sin conocimiento de causa? Y ¿Por dónde empezaremos nuestro juicio, sino por aprender la lengua con la que hemos de comparar las traducciones?<sup>66</sup>

Es, pues, impostergable que los mexicanos comiencen a caminar el camino que han emprendido todas las naciones. México no puede renunciar a la herencia que Grecia dejó a la humanidad; tampoco puede dudar de su capacidad para asumirla: ejemplos múltiples existen en la historia novohispana de hombres, productos del mestizaje, que aprendieron y cultivaron la lengua griega:

Todas las naciones habrán entrado en el goce de esa herencia, y ¿México renunciará a ella? [...] ¿Por qué habíamos de renunciarla? ¿Dudaremos de nuestra capacidad? [...] ¿Soñaremos esa incapacidad en las razas de donde desciende nuestra población? [...] Basta por todos los hechos que pudiera yo referiros, el acordaros que D. Cayetano Cabrera, el mayor helenista que hemos tenido, no podría hallar a sus abuelos, sino bajo de los palmeros de la África, y en las soledades inmensas por donde los antiguos asiáticos vinieron a poblar esta parte del globo.<sup>67</sup>

Refutados todos los prejuicios y asumidas nuestras carencias, concluye Nájera, es el momento de extender los conocimientos: el aprendizaje del griego es una de nuestras tareas.

Su enseñanza continuó en el seminario en años subsecuentes; la materia, hasta ahora un sólo curso, aparecía en el plan

<sup>66</sup> *Op. cit.*, p. 31.

<sup>67</sup> *Op. cit.*, pp. 35-36.



de estudios como optativa y al lado del inglés, el francés y la música. El profesor, que en el año 1855, tenía 55 alumnos, se apellidaba Richauofne.<sup>68</sup> El programa comprendía, en el terreno teórico, la morfología y la sintaxis; en el práctico, la traducción de pequeños trozos: los seis primeros capítulos del evangelio de San Mateo y los cinco primeros de los *Hechos de los Apóstoles*. La gramática era la de Burnouf.<sup>69</sup> La pretensión del Seminario era justificar las ventajas de su aprendizaje y volver obligatoria la materia de griego; incluso en 1857 Manuel Escovedo habló, optimistamente, de la generalización de estos estudios que llegarían “a ser no sólo un adorno para la educación, sino una necesidad para las profesiones.”<sup>70</sup>

En los años de las Leyes de Reforma la cátedra dejó de enseñarse, pero reapareció en 1867;<sup>71</sup> volvió mejor organizada. Ahora estaba estructurada en dos cursos: en el primero se estudiaba la analogía y en el segundo la sintaxis y la prosodia. Ambos cursos, por otra parte, hacían especial énfasis en la etimología de las palabras derivadas del griego.<sup>72</sup> Los ejercicios

<sup>68</sup> *Informe que en la solemne distribución de premios en el Seminario Conciliar de Guadalajara, hace del estado que guarda el expresado establecimiento, su rector el Sr. Dr.D. Francisco Espinosa* (Guadalajara, Tipografía de Rodríguez, 1855), pp. 52-53.

<sup>69</sup> *Informe que en la solemne distribución de premios en el Seminario Conciliar de Guadalajara, hace, del estado que guarda el expresado establecimiento su vice-rector el Sr. Dr. D. Manuel Escovedo, el domingo 7 de diciembre de 1856.* (Guadalajara, Tipografía de Rodríguez, 1856), pp. 10-11 y 46-47.

<sup>70</sup> *Informe que en la solemne distribución de premios en el Seminario Conciliar de Guadalajara, hace del estado que guarda el expresado establecimiento su vice-rector el Sr. Dr. D. Manuel Escovedo el domingo 8 de noviembre de 1857* (Guadalajara, Tipografía de Rodríguez, 1857), p. 21.

<sup>71</sup> En: *Estado del Seminario de Guadalajara al hacerse en él la distribución de premios en 14 de noviembre de 1869*, (Guadalajara, Tipografía de Rodríguez, 1869), en la p. 4: “Debo insistir desde luego sobre la importancia del estudio de la lengua griega, la cual tuvo principio en el año escolar antepasado. .”.

<sup>72</sup> Tal orientación se expresa en el título de la “Catedra primera de griego y de etimología del latín y castellano en cuanto emanan del griego”, y en las páginas 4 y 5 del discurso citado en la nota 71, se dice: “Ningún entendido ignora que las lenguas cultas de Europa, algunas de las cuales dominan en América, reconocen como fuente de su cultura el latín y más allá del latín el griego. Por esta razón sabios escritores han dicho que es una necesidad que se establezca de preferencia en los colegios el estudio de estos idiomas: y reduciéndonos a nosotros, vemos que la lengua castellana tiene multitud de

de traducción y análisis empleaban textos de la Biblia —Génesis, Éxodo, Salmos—, homilías de san Juan Crisóstomo y los Evangelios de san Mateo y san Marcos. Sus profesores fueron Ramón López y Agustín de la Rosa. En el año de 1871 los alumnos, que llegaron a 200, emplearon apuntes manuscritos, una gramática y varias homilías del Crisóstomo impresas, ambas, en Guadalajara para uso del Seminario.<sup>73</sup>

En el año de 1870 el griego fue declarado materia obligatoria en el seminario,<sup>74</sup> su acreditación debía demostrarse como requisito para inscribirse en filosofía. Se cumplía con ello un antiguo designio. El alma de estos estudios fue, sin duda, Agustín de la Rosa.<sup>75</sup> En fecha muy posterior, en 1886, todavía seguía como profesor cumpliendo más de dos décadas en este puesto, casi siempre estuvo a cargo del segundo curso. El primero, en cambio, no fue estable; después de Ramón López, lo ocupó el propio De la Rosa y otras veces Ignacio Díaz y Aniceto M. Gómez.<sup>76</sup>

palabras venidas ya directamente del griego, o ya de este idioma pasando primero por el latín, y estas palabras ni se entienden perfectamente, ni se conocen con fundamento en su prosodia y ortografía si no se ocurre al original: además la sintaxis castellana en gran parte emana de la latina y ésta del griego; así es que la gramática de la lengua que hablamos en todas sus partes necesita no sólo del latín, sino también del griego”.

<sup>73</sup> *Informe del Rector del Seminario de Guadalajara, sobre el estado del mismo establecimiento, leído por su autor en la solemne distribución de premios hecha el 12 de noviembre de 1871*, (Guadalajara, Imprenta de Rodríguez, 1871), pp. 10, 32-34 y 39-42.

<sup>74</sup> Este dato y los horarios de clase están consignados en el *Informe del Rector del Seminario de Guadalajara*, (Guadalajara, Tip. de N. Parga, 1874), p. 9: “*Del idioma griego*. De los cursos de esta lengua sabia, tan estimada de los literatos, y de tanta importancia para los estudios teológicos y escriturarios, son alumnos los mismos jóvenes que cursan latinidad; y por disposiciones superiores de 15 y 18 de octubre de 1870, deberán estudiarla y hacerlo así constar por un certificado, para que tenga valor el que se les expida de latinidad y puedan pasar a cursar filosofía.

En el año escolar, el servicio de las cátedras de los idiomas mencionados, es de una hora todos los días, desde 19 de octubre hasta 25 de julio en que son próximamente los exámenes, con excepción de los de conferencias que son los jueves y los días festivos”.

<sup>75</sup> Al concluir sus lecciones de griego en 1872, De la Rosa pronunció un discurso sobre la lengua griega, que fue publicado (Guadalajara, Tip. de Dionisio Rodríguez, 1872), por sus discípulos. Este discurso no lo he localizado.

<sup>76</sup> Mayores datos sobre esta enseñanza pueden verse en el informe ya citado de 1874, pp. 49-58; en el de 1875 (Guadalajara, Imp. de N. Parga, 1875), pp. 58-67; el de 1876 (Guadalajara, Imp. de N. Parga, 1876), pp. 48-57; el de



Agustín de la Rosa, como hemos dicho, era el principal animador y promotor del griego. Para su aprendizaje escribió este sabio políglota, profesor también de latín y náhuatl, una gramática griega. No es claro el año de su primera edición; tal vez el texto fue completado en años sucesivos. En 1871 parece todavía incompleto porque a los alumnos se les pedía "la parte que está impresa para el uso de este establecimiento y unas lecciones manuscritas."<sup>77</sup> La obra completa, si se trata del mismo texto, apareció hasta 1879: *Elementos de gramática de la lengua griega para uso de los alumnos del Seminario de Guadalajara*;<sup>78</sup> seis años después fue reimpressa.<sup>79</sup> Esta gramática fue utilizada por el seminario durante el resto del siglo XIX; al cambiar éste fue sustituida por la de Canuto María Alonso Ortega.<sup>80</sup>

La enseñanza del griego en los seminarios no mantuvo el espíritu preconizado por Mariano Rivas en Morelia y Nájera en Guadalajara. Mantuvo, ciertamente, la reivindicación frente a Trento: el griego como elemento necesario para apoyar a la Vulgata y como arma en la polémica con los protestantes; conservó, también, el deseo de estudiarlo para ponerse en consonancia con los que el siglo XIX llamó "países modernos o civilizados"; pero casi de inmediato redujo la mira a sólo estos intereses. Afuera quedaron tanto el interés por la antigüedad clásica como por su literatura. El proceso tuvo su punto crítico

1877 (Guadalajara, Imp. de N. Parga, 1877), pp. 60-71; el de 1878 (Guadalajara, Imp. de N. Parga, 1878), pp. 55-65; el de 1879 (Guadalajara, antigua Imprenta de Dionisio Rodríguez, 1879), pp. 46-55; el de 1880 (Guadalajara, antigua Imprenta de Dionisio Rodríguez, 1880), p. 6 y 64-73; el de 1882 (Guadalajara, antigua Tipografía de Dionisio Rodríguez, 1882), pp. 4, 15, 54-62; de 1885 (Guadalajara, Imp. de N. Parga, 1885), pp. V, 41-48; el de 1886 (Guadalajara, Imprenta, Litografía y Librería de Ancira y Hno., 1886), pp. 30-36; de 1908 a 1909 (Guadalajara, Imp. de "El Regional", 1910), pp. 18-20 por último, el curso de 1909 a 1910 (Guadalajara, Imp. de "El Regional", 1911), pp. 19-21.

<sup>77</sup> *Op. cit.*, p. 39.

<sup>78</sup> (Guadalajara, Antigua Imprenta de Dionisio Rodríguez, 1879), 96 pp. y 22 cms.

<sup>79</sup> (Guadalajara, Imprenta y Librería de Ancira y Hno., 1885), 96 pp. y 22 cms.

<sup>80</sup> Los informes que cubren los años de 1908 a 1910 señalan que en dichos cursos se empleó esta gramática y el *Traductor Griego* escrito por el mismo C. M. Alonso Ortega.

en los años de la lucha contra las Leyes de Reforma. En 1869, por ejemplo, en Guadalajara, aunque se acepta la utilidad filológica, se hace énfasis en la excelencia de la literatura cristiana griega:

Las ciencias ocurren constantemente al griego para expresarse en términos técnicos. En el griego tenemos modelos inimitables de literatura e inapreciables escritos de filósofos y Santos Padres, y versiones de la Biblia, las cuales [...] es preciso entender para responder a los argumentos que hacen los heterodoxos contra nuestra versión latina confrontándola con los textos griegos.<sup>81</sup>

En el año 1871 Ramón López hacía objeto de su curso refutar “los errores de los sensualistas” y manifestar “la influencia del cristianismo en la regeneración de la lengua y literatura griega, contra los injustos partidarios del Renacimiento.”<sup>82</sup> En el año de 1873 ya preconizó “la superioridad del griego cristiano sobre el pagano.”<sup>83</sup> Tanto él como De la Rosa, profesor del segundo curso, ponían como eje de su enseñanza la “especial aplicación a la defensa de la literatura griega cristiana y a la refutación de los errores de los filólogos sensualistas modernos.”<sup>84</sup> En esta perspectiva es claro que los textos de traducción y análisis se centraran en trozos bíblicos o del Crisóstomo; en cuanto a los clásicos sólo se recurría a pequeños pasajes de Homero, los cuales no excedían los 180 versos y algunas fábulas de Esopo. Atrás habían quedado las intenciones y los tiempos de Manuel de San Juan Crisóstomo cuando instituyó la cátedra.

Contra esta posición reaccionó el célebre polígrafo de Lagos, don Agustín Rivera. Tres fueron los textos fundamentales en los que combatió la orientación con que se estudiaban las lenguas clásicas. El primero es la compilación de varias cartas polémicas que sobre el asunto cruzó con Díez de Sollano, el crea-

<sup>81</sup> En *Estado del Seminario de Guadalajara...* p. 5.

<sup>82</sup> En *Informe del Rector del Seminario de Guadalajara...* p. 39.

<sup>83</sup> En *Informe...* p. 43.

<sup>84</sup> *Op. cit.*, p. 39.



dor de la materia en el Seminario de México y ahora obispo de León; su título: *Cartas sobre el estudio de los clásicos paganos y clásicos cristianos*;<sup>85</sup> el segundo, *Confirmación de la doctrina sobre la enseñanza de los clásicos paganos a la juventud*;<sup>86</sup> y el tercero, *Ensayo sobre la enseñanza de los idiomas latino y griego y de las bellas letras por los clásicos paganos, a los jóvenes y a los niños*.<sup>87</sup> Esta polémica interesante y poco estudiada hasta ahora, no se limita al griego; centra, incluso, su mayor expresión en la enseñanza del latín. Ella es, en todo caso, uno de los mejores testimonios de la dicotomía con que se cultivaron las lenguas clásicas en México durante el siglo XIX.

Afuera de los seminarios e instituciones religiosas la polémica de las lenguas clásicas versaba sobre su utilidad; este problema, que en Europa fue llamado "el problema del latín", en México se teñía de los tintes de la lucha entre el antiguo y el nuevo régimen. Ciertamente el latín ocupaba el centro de la polémica, pero, tangencialmente, el griego estuvo inmerso en la problemática.

La primera incorporación del griego a los planes de la enseñanza oficial del país tuvo lugar el año de 1833; se debió a Valentín Gómez Farías en su decreto para "arreglar la enseñanza pública en el Distrito y Territorios"; dicho decreto estableció en los Estudios de Preparatoria un curso de griego, obligatorio en el segundo año para quienes estudiaban las ciencias eclesiásticas; parece, sin embargo, que dicha reforma no se puso en práctica y, en consecuencia, el griego quedó fuera de la enseñanza oficial.<sup>88</sup>

En el año 1867 Gabino Barreda introdujo el estudio del griego en la *Ley orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal*; el curso, uno sólo, estaba en la Preparatoria y era obligatorio para los abogados, médicos, farmacéuticos e inge-

<sup>85</sup> (México, Revista Universal, 1873).

<sup>86</sup> (San Juan de los Lagos, Tipografía de José Martín, 1876).

<sup>87</sup> (San Juan de los Lagos, Tipografía de José Martín, 1881).

<sup>88</sup> *Leyes y reglamento para el arreglo de la Instrucción Pública en el Distrito Federal* (México, En la Imprenta de la Dirección de Instrucción Pública, 1834), p. 101.

nieros de minas.<sup>89</sup> Su inclusión en el plan de estudios, junto con el latín, despertó reacciones adversas. Una de ellas fue la de Ignacio Ramírez. El 9 de octubre escribe contra ellos en *El correo de México*; argumenta que “deben enseñarse primero los idiomas vivos que los muertos, las lenguas de uso común que las de pura curiosidad.” Lógicamente él considera “curiosidad” al griego y al latín porque ya no son indispensables para estar al día de los adelantos científicos; no lo son porque las ciencias se encuentran escritas en los idiomas modernos y, aunque es verdad que muchos de sus fundamentos se encuentran en la antigüedad clásica, su consulta directa puede suplirse con traducciones.

La enseñanza profesional no debe comprender sino lo que sea absolutamente necesario; el Gobierno lo enseñará todo, pero unas materias serán voluntarias para los eruditos, para los aficionados, o si se quiere, para ciertas especialidades.<sup>90</sup>

Los opositores no lograron eliminar a las lenguas clásicas del plan de estudios; pero Barreda retrocedió en cuanto al griego; en el *Dictamen* de la ley reduce su programa a un simple curso de etimologías:

El estudio del griego, por las dificultades que presenta y sin duda también por la poca oportunidad que hay para cursarlo, se ha reducido para los estudiantes al simple conocimiento de sus raíces, el cual les permitirá conocer con exactitud la etimología de todas las palabras técnicas de las ciencias, y presentará la preciosa oportunidad de hacer una reseña histórica de cada una de ellas, con motivo de las expresiones técnicas de que se sirve.<sup>91</sup>

<sup>89</sup> Gabino Barreda, *La educación positivista en México*, selección de Edmundo Escobar (México, Editorial Porrúa, 1978 Col. Sepan Cuantos... No. 335), pp. 42, 46 y 47.

<sup>90</sup> Ignacio Ramírez “Plan de Estudios”, en *El correo de México* (9 de octubre de 1867), en Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *La Escuela Nacional Preparatoria* (México, UNAM, 1972), t. II, p. 8.

<sup>91</sup> “Dictamen sobre la ley orgánica de Instrucción Pública del Distrito Federal del 2 de diciembre de 1867”; texto leído en la Cámara de Diputados el 12 de marzo de 1868, en Gabino Barreda, *Op. cit.*, p. 89.



Pero esta concesión no fue suficiente para detener las críticas; en el año de 1872 se vio obligado, nuevamente, a hacer una amplia defensa del contenido del curso de griego; volvió sobre su utilidad para comprender los términos técnicos de todas las ciencias; sobre la idoneidad para despertar el gusto por las lenguas madres del castellano; sobre la ventaja de poder formar palabras nuevas y apropiadas. Exasperado señaló la desproporción entre las protestas y lo exiguo de su enseñanza:

Las raíces griegas. ¡He aquí uno de los ramos con que más alharaca se arma, preguntando por su inutilidad! No parece sino que aquí nos estamos como en las universidades de Europa, estudiando el griego dos o más años y que en esto hacemos gastar a los alumnos un tiempo que podían emplear en cosas mucho más ventajosas.<sup>92</sup>

La situación, sin embargo, era confusa al nivel escolar: el plan de estudios planteaba teóricamente la enseñanza del griego; pero, en realidad, sólo se enseñaban las etimologías. A ello se añadía la campaña contra las lenguas clásicas. Estas razones indujeron a la Junta de Instrucción Pública a modificar la ley y, en consecuencia, el 27 de mayo de 1869 determinó que se creara, con carácter obligatorio, la materia de "Raíces griegas" y que el griego, en cambio, quedara en el plan de estudios con el carácter de "estudio libre".<sup>93</sup> Este cambio fue un primer triunfo de la posición de Ignacio Ramírez.

El 15 de enero de 1868 fueron nombrados los profesores del Plan de Estudios de Barreda. Oloardo Hassey, también profesor de alemán, ocupó la cátedra de griego.<sup>94</sup> La gramática que se empleó como texto fue la de Canuto Alonso Ortega,<sup>95</sup> profesor de griego en la universidad de Valladolid; aquí en México su *Gramática teórico-práctica de la lengua griega* fue impresa por J. M. Lara el año de 1867; en 1869 fue declarada libro de texto para la Preparatoria por la Junta Directiva de Instrucción

<sup>92</sup> "La instrucción pública", en Gabino Barreda, *Op. cit.*, p. 194.

<sup>93</sup> En Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *Op. cit.* t. II, p. 13.

<sup>94</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 10.

<sup>95</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 13.

Pública. Mantuvo su prestigio por el resto del siglo e, incluso como lo reseñamos anteriormente, fue adoptada como texto oficial en otras instituciones.

Hassey, por su parte, preparó un *Enquiridion de raíces griegas* para la nueva materia; el periódico *El Siglo XIX* califica al texto, de más de 200 páginas, como "la primera obra de su especie que aparece en México." Su impresión, realizada por Ignacio Cumplido, es pulcra y correcta, mérito importante en este tipo de obras que, como comentó el mismo periódico, "tienen muchas palabras y aun páginas enteras en idioma tan extraño para nosotros como el griego." Para imprimirlo Cumplido adquirió una nueva y variada fuente de caracteres griegos con lo cual se constituyó en la única imprenta en México capaz de realizar este tipo de impresiones.<sup>96</sup>

Hassey abandonó pronto la cátedra; en 1880 ya la ocupaba Francisco Rivas. Éste sustituyó el texto de Hassey por un *Ollendor griego* escrito por Rafael Romero y León Malpica Soler,<sup>97</sup> bajo la dirección del mismo Rivas; éste debió permanecer largos años en la cátedra. Alfonso Reyes lo recuerda como un profesor bonachón:

El latín y el griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubiliteo de raíces elementales, en las cátedras de Daz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas —de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver— especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo director José Terrés lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alfas y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: "¡Estos no son mis muchachos! —Exclamó— ¡Sigán alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela."<sup>98</sup>

<sup>96</sup> *Op. cit.*, t. II, pp. 16-17.

<sup>97</sup> *Op. cit.*, t. I, ilustración 4 y t. II, pp. 105-106.

<sup>98</sup> Alfonso Reyes, "Pasado inmediato", en *Obras Completas* (México, FCE, 1960), t. XII, pp. 190-191.



El Congreso de Instrucción Pública del año 1891 aumentó el estudio de la materia optativa de griego a dos años y así lo refrendó el Decreto de Reforma del Plan de Estudios de la Preparatoria de 1897.<sup>99</sup>

La cátedra de Raíces griegas creada en 1869 tuvo una finalidad eminentemente práctica: explicar a los alumnos, especialmente a los de abogacía y medicina, el origen y significado de los tecnicismos. Agustín de Aragón en 1897 así lo testifica:

es de esperarse que el carácter meramente práctico que ha tenido en la Preparatoria la enseñanza de las raíces griegas, se comunique a las latinas.<sup>100</sup>

La cátedra se difundió rápidamente por los establecimientos educativos de la República Mexicana. En varios de ellos se escribieron textos destinados a su enseñanza; uno de ellos es el de José Miguel Macías *Raíces griegas*<sup>101</sup> destinado a servir de texto en el Colegio de Estudios Preparatorios y Escuela Especial de Comercio de la ciudad de Veracruz. En 1891 la Escuela Nacional Preparatoria señaló *El jardín de raíces griegas* de Ad. Regnier como libro obligatorio para la cátedra; en 1908 apareció el *Curso de Raíces griegas* de Jesús Díaz de León.<sup>102</sup>

Regresemos ahora a examinar las traducciones de textos griegos en el siglo XIX mexicano. En este aspecto encontramos mayor producción que en los siglos anteriores. Las primeras que encontramos son las de los integrantes de la Arcadía de México las que, publicadas en *El Diario de México*, generalmente son traducciones indirectas hechas del latín o del francés al castellano. Los autores traducidos son Safo y Anacreonte, es-

<sup>99</sup> Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *Op. cit.*, t. I, p. 171 y t. II, p. 347.

<sup>100</sup> *Op. cit.*, t. II, p. 359.

<sup>101</sup> (Veracruz-Puebla, Librerías de la Ilustración, 1890). La edición aquí anotada es la segunda; la primera, que desconozco, según testimonia el "Prólogo" de ésta de 1880, constaba de dos tomos y "se han vendido ya, quedando agotada la impresión".

<sup>102</sup> Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *Op. cit.*, t. II, p. 295 y 531. En el año 1894 se incluye la obra de Miguel Silva *Fábulas de Esopo*, de la cual he visto en México la edición de París, Librería de Rosa y Bouret, 1866.

pecialmente apreciados por los neoclásicos de la época de la Independencia; de Anacreonte se publicaron el himno "Bebamos y cantemos en loor del padre Baco", firmado con el pseudónimo Flagrasto Cicné;<sup>103</sup> la oda segunda "Naturaleza al toro / armó con duras astas", fue traducida dos veces;<sup>104</sup> el célebre epigrama del "Amor arando" también fue publicado dos veces con la firma F.M.N. que, probablemente, corresponda a Fray Manuel de Navarrete.<sup>105</sup> La primera y la segunda odas de Safo también fueron traducidas y aparecieron sin mencionar al traductor; la segunda sólo está signada con las iniciales Y. B.<sup>106</sup>

En 1837 apareció, en la imprenta de M. Arévalo, la primera gran traducción; se trata de la *Odisea de Homero o sean los trabajos de Ulises* traducida por Mariano Esparza;<sup>107</sup> son dos pequeños volúmenes ahora bastante raros. La versión, a la que Gabriel Méndez Plancarte califica de "mediocre", está hecha en octavas reales. Algunas de sus peculiaridades, por lo demás confesadas por el propio traductor, son las siguientes: suprimir frecuentemente los epítetos con que Homero caracteriza a héroes y a dioses; omitir versos o pequeños pasajes o introducir ligeras variantes. Todo ello empero no justifica filológicamente el calificativo de mediocre, puesto que Esparza traduce con los criterios bastante laxos con que traducía el siglo XIX; el calificativo, en cambio, sí se justifica en lo que atañe a la deficiente perfección formal del verso castellano.<sup>108</sup>

Miguel Antonio Caro asienta, en el prólogo a los *Poetas bucólicos griegos* de I. Montes de Oca, que José Moreno Jove tradujo y publicó en México la *Iliada*. Ninguna noticia he encontrado sobre tal traducción o edición del poema de Homero; pero si el dato fuera cierto, el México decimonónico podría

<sup>103</sup> Apareció el 18 de octubre de 1805, t. I, No. 18, p. 69.

<sup>104</sup> 20 de enero de 1896, t. II, No. 112, p. 77, 23 de junio de 1810, t. XII, No. 1725, p. 700.

<sup>105</sup> 23 de julio de 1807, t. VI, No. 662, p. 333; 9 de octubre de 1807, t. VII, No. 740, p. 153.

<sup>106</sup> 27 de marzo de 1815, t. V, No. 86, p. 3; 4 de abril de 1815, t. V, No. 94, p. 4.

<sup>107</sup> Ningún dato conozco sobre la vida y la obra de este traductor.

<sup>108</sup> G. Méndez Plancarte, *Índice del humanismo en México*, p. 25.



ufanarse de contar con la traducción de las dos obras principales de la epopeya griega.<sup>109</sup>

En el año de 1844 Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera había dicho en su célebre discurso de inicio de curso: "México abriga en su seno muchos literatos, que como los señores Couto, Rejón y Ortega, han tenido la fortuna de gustar del tono sublime de la musa que cantó la cólera de Aquiles".<sup>110</sup> No es claro si en la frase anterior Nájera se limita a señalar que Bernardo Couto, Cresencio Rejón y Fernando Ortega tenían la capacidad de leer a los poetas griegos en su lengua original; es ambiguo porque de los dos primeros desconocemos traducciones del griego al castellano; de Fernando Ortega, por el contrario, conservamos una adaptación de la fábula de Esopo "El labrador y sus hijos", y la traducción de un epigrama de Amalteo.<sup>111</sup>

Poblano, como Ortega, fue don José Joaquín Pesado quien, según testimonio de J. M. Roa Bárcenas, "consagrose por sí solo al estudio de las lenguas castellana, latina, italiana, francesa, inglesa y elementos de la griega". Testimonio de este estudio son su traducción del idilio XI, *El Cíclope*, de Teócrito y de la *Elegía al Sitio de Ptolomeida*, de Sinesio de Cireno; de ambos, pero especialmente del primero, Ignacio Montes de Oca, señala que, a pesar de su buena factura poética, parecen traducciones indirectas que no logran interpretar la esencia poética del original.<sup>112</sup>

<sup>109</sup> M. A. Caro "Un obispo poeta" en I. Montes de Oca y Obregón, *Poetas Bucólicos griegos*, (Madrid, Librería de la Vda. de Hernando, 1888), p. XLVI.

<sup>110</sup> M. de San Juan Crisóstomo, *Op. cit.*, p. 23.

<sup>111</sup> C. F. Ortega, *Poesías* (México, Impreso por Ojeda, 1839), p. 291-293 y 333.

<sup>112</sup> José Joaquín Pesado, *Poesías originales y traducidas* (México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1886), pp. X-XI, 111-115, 257-259. En *Poetas bucólicos griegos* (México, 1877), p. 348 dice I. Montes de Oca sobre el idilio XI: "En la colección de poesías de D. José Joaquín Pesado, ocupa un lugar prominente la versión de este idilio, empezado en bellos cuartetos y terminada en bien enlazados y sonoros tercetos. Pensé, pues, insertar aquí este trozo, sin tomarme el trabajo de hacer una nueva versión, entrando en temeraria competencia con el inimitable poeta. Pero a nadie se esconde la dificultad, y casi diría la imposibilidad, de comprender a fondo a un autor, cuyas obras no se han estudiado íntegras, o por lo menos en su mayor parte, y en su

Manuel M. Flores también se acercó a la oda primera de Safo; en la edición de *Pasionarias*, impresa en Puebla en 1874,<sup>113</sup> incluye una traducción libre o imitación de la oda. Por cierto, en la edición de 1888 tal oda, titulada "Junto a tí", es suprimida. Por esta razón aquí la incluyo:

### JUNTO A TÍ

¡Feliz aquel que de tu voz percibe  
Siquier el eco musical y blando,  
y una sonrisa plácida recibe  
tu espléndida belleza contemplando!

¡Feliz aquel que junto a tí respira  
el suave aroma de tus labios rojos!  
¡El que contigo y por tu amor suspira,  
y retrata sus ojos en tus ojos!

Cuando turbado, respirando apenas,  
llego a tu lado palpitante y ciego,  
en mi férvida sangre, por mis venas,  
siento correr inexplicable fuego.

Confusa nube ante mis ojos pasa,  
en vano hablarte delirante quiero,  
me abandona el vigor, mi alma se abrasa,  
y ante tus plantas desfallezco... y muero.

El más importante traductor de los clásicos griegos en el siglo XIX mexicano fue Ignacio Montes de Oca y Obregón, conocido entre los Arcades Romanos con el pseudónimo de Ipanandro Acaico; la formación de Montes de Oca es fundamen-

lengua original. Estas desventajas se traslucen en la versión de Pesado y me obligaron a emprender una nueva, a pesar de mi manifiesta inferioridad poética."

Aquí aprovecho para consignar la traducción de los himnos guerreros que de Tirteo y Calino de Efeso hizo José Sebastián Segura, y que publicó en *Poesías* (París, Donnamentte, 1884), pp. 239-240.

<sup>113</sup> (Puebla de Zaragoza, Tipografía del Hospital General del Estado, 1874), p. 160



talmente inglesa; allá aprendió el griego e inició sus primeras traducciones. En México, sin embargo, editó la mayor parte de ellas y difundió el gusto por la lengua y la literatura griegas. La primicia de sus trabajos fue la traducción de los *Idilios de Bión* que, con “notas críticas y filológicas”, publicó en Guajuato en 1868; años después la incorporó a *Poetas bucólicos griegos*<sup>114</sup> que, además de Bión, incluye a Teócrito y a Mosco. En *Ocios poéticos*<sup>115</sup> traduce las 17 odas de Anacreonte. Las *Odas de Píndaro* aparecieron en México en 1882 y en Madrid en 1893; en 1917 publicó en Madrid *El rapto de Helena* de Coluto de Licópolis; entre 1919 y 1920 apareció en dos volúmenes, en Madrid, *La Argonáutica* de Apolonio Rodio; por último, apuntamos las traducciones sueltas que incluye en *A orillas de los ríos*<sup>116</sup> que son la reimpresión del idilio VIII de Bión; el epigrama “La paloma de Venus”; “los ratones de Atenas” de Aristón; “El barbero de Corinto” de Fanio y una paráfrasis de “La nave incendiada” de Leónidas de Tarento.

La importancia de las traducciones de Montes de Oca es innegable; lo es tanto por su belleza formal como porque sustituyen a antiguas traducciones poco atractivas— la de los bucólicos de José Antonio Conde juzgada por Menéndez y Pelayo como llena de “prosaicos, desaliñados e insufribles versos sueltos”—,<sup>117</sup> o inexistentes en castellano en su totalidad, como las *Odas* de Píndaro. Por estas razones las de Montes de Oca trascendieron el ámbito local y se impusieron como clásicas en el mundo de habla hispana. El traductor, por otra parte, según juzga el mismo Menéndez y Pelayo “No se asusta de leves infidelidades ni de dar a las cosas un color demasiado moderno, pero siempre es fiel al pensamiento.”<sup>118</sup> Desgraciadamente esta “infidelidad” surge, con frecuencia, apoyada en motivos morales y no estéticos. Ciertamente Montes de Oca trasciende la posición más aberrante que suprimía toda lectura de los clási-

<sup>114</sup> (México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1877; Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y Ca., 1888, Biblioteca Clásica, t. XXIX).

<sup>115</sup> (México, 1878 y Madrid, 1896).

<sup>116</sup> (Madrid, Ediciones de Rosas y Espinas, 1916), pp. 101, 104, 108-110.

<sup>117</sup> M. Menéndez y Pelayo, “Prólogo” a *Poetas bucólicos griegos* (Madrid, 1888), p. III.

<sup>118</sup> *Op. cit.*, p. XIII.

cos grecolatinos; pero creía firmemente que en estos se debía suprimir "todos los pasajes que ofendan el pudor; y hechas las supresiones y cambios necesarios, aprovecharnos de sus bellezas."<sup>119</sup> Esta posición, sustentada en múltiples textos doctrinales de su tiempo, estaba acorde con la sustentada por los jesuitas desde el siglo XVI. Por otra parte, también participan del combate contra la literatura romántica que, más agresivamente, preconizó Cayetano Orozco en 1848; Montes de Oca señala que con sus traducciones intenta "arrancar de manos de la juventud los libros perniciosos" y "las novelas y producciones obscenas e impías que vomita a millones la prensa francesa."<sup>120</sup> Todos estos prejuicios que se interponen entre el mundo clásico y el traductor no logran, sin embargo, hacer que sus traducciones dejen "aquel perfume original que se pierde en versiones de segunda mano; y sus comentarios revelan la competencia del traductor como humanista griego."<sup>121</sup>

Exactamente al iniciarse el siglo XX, el año de 1901, Atenógenes Segale editó el tomo I de sus *Obras completas*.<sup>122</sup> En ellas incluyó la traducción de nueve odas de Anacreonte; de dos pequeños fragmentos —"la muerte de Dafnis" de Teócrito y la Galatea de Bión de Esmirna—; traduce, por último, la Olímpica VII de Píndaro. Segale había aprendido griego, por los años 1885, en el Seminario de México, a cuyo claustro de profesores se incorporó; sus traducciones, tanto griegas como latinas, guardan fidelidad al original; sin embargo, con frecuencia adolecen de imperfecciones en el verso castellano.

Consignaré, por último, una serie de traducciones del panameño José de la Cruz Herrera, que aparecieron en la *Revista Positiva* entre el 21 de mayo de 1911 y el 26 de febrero de 1913. Estas son el Idilio V de Mosco; "los celos", oda segunda y "A Afrodita", oda primera de Safo; el tercer canto de guerra de Tirteo y "La primavera", Idilio VI, de Bión.<sup>123</sup>

<sup>119</sup> *Op. cit.*, p. LXV.

<sup>120</sup> *Op. cit.*, pp. I y II.

<sup>121</sup> M. A. Caro, *Op. cit.*, p. XLVII. Un estudio más amplio sobre estos temas en Arturo Ramírez, "Poesía griega a través de Ipanandro Acaico", en *Cultura clásica y cultura mexicana*, México, UNAM, 1983, pp. 115-150.

<sup>122</sup> (México, Librería de J. L. Vallejo, 1901), pp. 262-275.

<sup>123</sup> *Revista positiva*, 2a. época T. XI, No. 134 (México 21, V, 1911), p.



La reforma educativa de 1867, aunque combatió la enseñanza de las lenguas clásicas, especialmente del latín, como materia obligatoria, sin embargo, sentó bases para un conocimiento más científico de la antigüedad. Este hecho paradójico es resultado del acercamiento menos ideológico que el positivismo hace de las lenguas clásicas; propone su estudio menos con fines religiosos y más como instrumento para conocer la antigüedad. Así es como, pronto, en la Preparatoria y en las sociedades culturales, se difunde el interés por la historia y la cultura griega. Los primeros que aparecen en los testimonios son los alumnos de historia de Manuel Payno quienes, durante el año de 1871, sostuvieron una serie de conferencias: el primero de abril Félix Ponce disertó sobre Fenicia; ocho días después E. MacGregor lo hizo sobre Grecia y sus colonias; el 25 de mayo José de J. Núñez trató sobre Leónidas en las Termópilas y otro alumno cuyo nombre no se consigna, lo hizo el 14 de abril sobre la biografía de Licurgo.<sup>124</sup>

En la misma línea se encuentra el *Compendio de Historia de la antigüedad* (México, 1879 y 1880) de Justo Sierra. Esta obra abre caminos al estudio científico de Grecia; Sierra acude para su redacción a los "principales resultados debidos al avance de las ciencias auxiliares de la historia y de la crítica moderna." Tal propósito no fue declarativo sino que en sus notas encontramos citados a Grote, Burnouf, Müller, Fustel de Coulanges y Constantin Paparrigopoulo, cuya obra *Histoire de la civilisation hellénique* fue publicada por la casa Hachette de París en 1878, un año antes de la primera edición del *Compendio* de Sierra. Este, por otra parte, aborda su tema desde la perspectiva del evolucionismo spenceriano, posición que le acarreó duras críticas de la corriente tradicionalmente católica; precisamente por ello la obra, a juicio de Edmundo O'Gorman, "ocupa un lugar destacado dentro de la historiografía mexicana." Manuel Torres Torija aplica años después el mismo

349; No. 139 (30, X, 1911), p. 599; No. 141 (3, XII, 1911), p. 635-637; t. XII, No. 152 (7, X, 192), p. 224-225; t. XIII, No. 157 (26, II, 1913), p. 101-102.

<sup>124</sup> En Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *Op. cit.*, t. II, pp. 27-28.

método para analizar la cultura y el arte griegos; su ensayo lleva el título spenceriano de *La evolución de la cultura helénica*; <sup>125</sup> pero a Torres Torija no bastó para su intento la teoría de la historia de Spencer; tuvo, por tanto, que recurrir a la *Filosofía del arte* de H. Taine a quien está dedicado el ensayo. Su trabajo resalta por la intención manifiesta de explicar el sentido estético del arte griego.

No era, por otra parte, la vez primera que en México se abordaba el estudio del arte griego. En 1872, Ignacio Ramírez había escrito su *Discurso sobre la poesía erótica de los griegos*; el texto de Ramírez, sin embargo, pretende más una exposición histórica que una valoración estética. En este mismo sentido se encuentra su más breve texto del mismo año de 1872 sobre *La religión de los griegos*.<sup>126</sup> Precisamente estos aspectos históricos fueron los que indujeron a Francisco Pimentel a escribir la *Impugnación al discurso sobre La poesía erótica de los griegos, leído en el Liceo Hidalgo por el Sr. Ignacio Ramírez*.<sup>127</sup>

Así, lentamente, muy pocas veces a través de la lectura de la literatura en su original griego; las más de las veces a través de traducciones, el arte, la ciencia, la filosofía y la literatura de la cultura griega clásica empezaron a difundirse en México. La manifestación más evidente de que la lengua griega ya no se limitaba a los fines meramente escriturarios sino que, fundamentalmente, ahora era un instrumento y llave del mundo clásico lo constituyen los intelectuales agrupados en el Ateneo de la Juventud; especialmente Alfonso Reyes. Pero atrás de ellos la mentalidad de grandes sectores mexicanos había cambiado; las lenguas clásicas perdieron su interés casi exclusivamente religioso y adquirieron otro, de carácter lúdico. Esta nueva sensibilidad aflora en la cátedra de *Lecturas literarias* de Jesús Urueta: entre 1903 y 1904 pronuncia en la Preparatoria varias conferencias sobre la *Iliada*; sobre la tragedia griega y sobre la repre-

<sup>125</sup> (México, Imprenta del Gobierno Federal, 1894).

<sup>126</sup> En Ignacio Ramírez, *Obras* (México, Editora Nacional, 1960), t. I, pp. 245-272.

<sup>127</sup> (México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1872). Edición de El Siglo XIX; 127 pp.



sentación de Antígona.<sup>128</sup> Sin embargo, el mejor momento es el 20 de enero de 1904, cuando acompañado por Amado Nervo y Luis G. Urbina, recitó trozos de la *Orestíada*. El público, compuesto por estudiantes, literatos, artistas, profesores y, según describe *El Imparcial*, “no escaseando las damas”, escuchó la lectura “con respetuoso silencio”.<sup>129</sup>

En el transcurso de ese mismo año el francés Garnault, miembro de la Sociedad Francesa para el avance de los estudios griegos, impartió varias conferencias cuyos temas comprendieron el arte egeo, el arte griego hasta la invasión dórica, las excavaciones de Schliemann en Troya, en Micenas y en Tiro; el arte en el templo dórico, jónico y corintio.<sup>130</sup>

Con estos antecedentes y bajo “la influencia socrática” de Pedro Henríquez Ureña, la generación del Ateneo se lanzó a

<sup>128</sup> En C. Díaz y de Ovando y E. García Barragán, *Op. cit.*, t. II, pp. 455-457, 466.

<sup>129</sup> El 20 de enero de 1904 *El Imparcial* dio así la noticia: “Como anunciamos en su oportunidad, el Lic. D. Jesús Urueta, dio novedad a sus “Lecturas Estéticas”, invitando a colaborar a ellas a los muy conocidos literatos Amado Nervo y Luis G. Urbina.

El salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria estaba literalmente henchido por multitud deseosa de oír leer trozos de tan alta literatura como la de las tragedias de Esquilo.

No sólo estudiantes había, sino profesores, literatos y artistas, no escaseando las damas.

El Sr. Lic. Urueta colocó a su izquierda a Luis G. Urbina y a su derecha al Sr. Amado Nervo y ante la expectación de la sala principió la conferencia, declarando modestamente que el asunto que iba a tratar era árido y no tenía el atractivo tan pomposamente anunciado.

Con palabra fácil y sabia describió a grandes rasgos las fiestas dionisiacas que dieron origen al nacimiento de la tragedia griega. Pasó al encerado explicando la forma del teatro antiguo, antes de que se construyera con mármoles y tuviese la magnificencia artística que adquirió más tarde.

Habló enseguida del *Agamenón* de Esquilo, diciendo que leería la parte del “Atalaya”, el Sr. Urbina el coro y el Sr. Nervo leería las réplicas de “Clitemnestra”.

Con respetuoso silencio fue escuchada la lectura de un buen fragmento de la tragedia, alternando en el diálogo trágico los otros eminentes poetas, después de que el conferencista leyó la parte que le correspondía.

A las siete y tres cuartos de la noche terminó la clase —ya que así le llama modestamente el señor Urueta— la cual repetimos, fue escuchada con agrado por la numerosa concurrencia que invadía el salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria”. En C. Díaz y de Ovando y E. García Barragán, *Op. cit.*, t. II, pp. 461-462.

<sup>130</sup> *Op. cit.*, t. II, pp. 463, 465, 466.

la lectura de los griegos “que fueron nuestra pasión”, especialmente de Platón “que fue nuestro mayor maestro”, según escribe el propio Henríquez Ureña.<sup>131</sup> Reyes, por su parte, condensa: “La afición de Grecia era común, si no a todos, a sus directores.”<sup>132</sup> Así pues, a partir de la generación del Ateneo empieza una nueva historia de la lengua y de la literatura griegas en México.

<sup>131</sup> Citado por Alfonso Reyes, “Pasado inmediato” en *Obras Completas* (México, FCE, 1960), t. XII, p. 207.

<sup>132</sup> *Op. cit.*, p. 208. Sobre la afición a Grecia de los miembros del Ateneo y, en especial, sobre la influencia de Henríquez Ureña en la formación de Reyes consúltese *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914* (México, FCE, 1986).



